COLECCION
¿qué sé?

NUEVO LANZAMIENTO

LA GUERRA

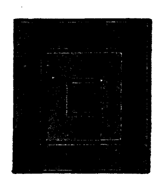
Gaston Bouthoul



oikos-tau

que
sais-je?

EN CASTELLANO



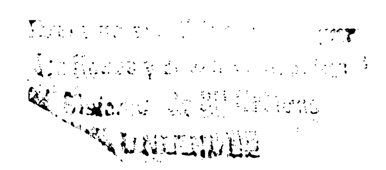
LA GUERRA

El problema de la guerra no ha salido de su rutina milenaria: oscila entre el ilusionismo jurídico y el pacifismo retórico, para llegar regularmente, a fin de cuentas, a la conclusión que resume el viejo adagio romano: «Si quieres la paz, prepara la guerra». Para llegar al conocimiento objetivo del «fenómeno bélico», el estudio de la polemología nos permite situar los problemas de la guerra y de la paz en una nueva perspectiva en la cual podemos «desacralizar» la guerra y «despolitizar» la paz. Dicho de otro modo, parece que en la actual coyuntura no tenemos otra elección que continuar preparándonos para la guerra y armarnos cada vez más y mejor, esperando a que la guerra estalle una vez más por cualquier motivo fútil; o bien ver en ella un fenómeno social capaz de ser estudiado en sus funciones, en sus elementos constitutivos y en sus causas; capaz, por consiguiente, de «prevención funcional». En resumen, estamos condenados a prepararnos para la guerra o a trabajar para la polemología.

LA ENCICLOPEDIA DE BOLSILLO MÁS COMPLETA
EN LENGUA CASTELLANA

¿qué sé?
44
LA GUERRA

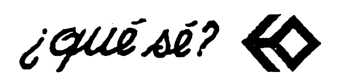
que sais-je?
EN LENGUA CASTELLANA
N.º 44



LA GUERRA

POR

GASTON BOUTHOUL
Profesor en la Escuela Francesa de Altos Estudios Sociales
Vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología



oikos-tau, s. a. - ediciones
APARTADO 5347 - BARCELONA
VILASSAR DE MAR - BARCELONA - ESPAÑA

Primera edición en lengua castellana 1971

Título original de la obra:
"LA GUERRE"
par Gaston Bouthoul

Depósito Legal: B-16.934-1971

Impreso por Industrias Gráficas García
Montserrat, 12-14 - Vilassar de Mar (Barcelona-España)

LA GUERRA

Dirección de la versión castellana de la colección **Que sais-je?**:
Dr. Felip Cid

Traducción de Johanna Givanel

INTRODUCCIÓN

LA «POLEMOLOGÍA»[1]

La guerra es, innegablemente, el más espectacular de los fenómenos sociales. Si, tal como ha dicho Durkheim, la sociología es «la historia entendida de un cierto modo», se puede decir que es la guerra la que ha concebido la historia. Efectivamente, la historia ha empezado por ser, exclusivamente, la de los conflictos armados, y hay pocas probabilidades de que deje de ser jamás la «historia-batallas», puesto que las guerras son, asimismo, nuestros puntos de referencia cronológicos más destacados y, quiérase o no, los límites que señalan los grandes giros de los acontecimientos. Es por la guerra que han perecido casi todas las civilizaciones conocidas. Es por la guerra que han hecho su entrada casi todas las nuevas civilizaciones. Es por la guerra que se establecen o se sancionan las supremacías que colocan, durante un tiempo más o menos largo, un cierto tipo de sociedad a la cabeza de la humanidad.

Y la guerra es, al mismo tiempo, el principal de los factores de esta imitación colectiva que juega un papel tan importante en las transformaciones

1 «Polemología» (del griego *polemos*, guerra, y *logos*, tratado): ciencia de la guerra en general; estudio de sus formas, causas, efectos y funciones como fenómeno social. Palabra propuesta en 1946 por Gaston Bouthoul en su libro *Cent millions de morts*. (Cf. *Larousse mensuel*, núm. 401, pág. 11.)

sociales. Acaba, más pronto o más tarde, por obligar a los Estados más herméticos a abrirse, como China, Japón o Marruecos, en el transcurso del siglo pasado. Probablemente es la forma más enérgica y la más eficaz para el contacto de las civilizaciones. Rompe, por la fuerza, el aislamiento psicológico. Se introduce incluso en las modas: se puede juzgar quién ha sido el verdadero vencedor de una guerra según el corte de los uniformes en los años que siguen: después de Napoleón, se copiaban los uniformes franceses; después de 1918, los uniformes ingleses; y hoy, los uniformes norteamericanos y soviéticos.

En una palabra, la guerra es la más notable de todas las formas de transición de la vida social. Es una *forma de transición acelerada*.

Nos podemos preguntar, pues, por qué se ha tardado tanto en constituir una verdadera ciencia de las guerras, una *Polemología*[2]. ¿Por qué el fenómeno social más importante no ha suscitado a ningún investigador el estudio objetivo de sus características y sus aspectos funcionales? Desde hace medio siglo puede verse cómo va aumentando el número de laboratorios dedicados al estudio del cáncer, de la tuberculosis, de la peste o de la fiebre amarilla. Van multiplicándose de día en día, cosa que está muy bien. Pero, ¿por qué la guerra, que hace más víctimas ella sola que todas esas calamidades juntas, no ha sugerido la creación, hasta el momento presente, del más mínimo Instituto de Investigaciones?

La ciencia —dice Aristóteles— empieza con el

[2] En otra obra hemos propuesto dar el nombre de *Polemología* al estudio científico del *fenómeno-guerra,* considerado como un fenómeno social, para distinguirla de la ciencia de la guerra, tal como se enseña en las escuelas militares y en los estados mayores.

asombro. El primero de los obstáculos para un estudio científico de las guerras es que nos es muy difícil asombrarnos, pues nos hemos acostumbrado ya a este fenómeno que es, sin embargo, aturdidor. «Ningún lector —dice Proudhon— tiene necesidad de que se le diga lo que es, física o empíricamente, la guerra; todos tienen de ella alguna idea: unos, por haber sido testigos; otros, por haber tenido alguna relación y, un gran número, por haberla hecho.» Es necesario, pues, en principio, luchar contra esta pseudoevidencia de la guerra. La evidencia es debida, en este caso, a un hábito de espíritu, que se remonta a nuestros más tiernos años: todos los niños juegan a guerras y a soldados.

El segundo obstáculo para este estudio es que la guerra parece depender, enteramente, de nuestra voluntad. Tiene un principio y un final; se pone en marcha en un momento preciso, con toda clase de formalidades, diplomáticas y religiosas. Se dan unos motivos que ya están preparados, desde hace mucho tiempo, por unas deliberaciones y unas discusiones. Cada guerra, observada separadamente, nos parece haber sido facultativa y evitable. No parece depender más que de una decisión reflexionada y madurada largamente.

Esta creencia en el carácter exclusivamente voluntario y consciente de las guerras es, precisamente, el principal obstáculo para su estudio científico. Queremos hablar del «ilusionismo jurídico». A pesar de mil mentís de la historia, los juristas siguen comparando la guerra, en sus concepciones, a una pelea entre individuos, a una pendencia, riña o duelo. Por analogía con los contratos del derecho privado o con el Código Penal, se ven renacer periódicamente unos proyectos de pactos internacionales, de tribunales y de leyes interna-

cionales[3]. Unos quieren prohibir la guerra por medio de una especie de reglamento de policía. Otros quieren, al mismo tiempo que la toleran, reglamentarla, tomando por modelo el código de honor para uso de duelistas corteses, o las reglas que rigen en los combates de boxeo o en el fútbol. Al igual que los proyectos de arbitraje, que no comportan, hasta el momento presente, más que la reproducción del derecho privado o, a lo sumo, del derecho feudal, con su concepto de arbitraje de las querellas.

Se trata de una preocupación terapéutica inmediata. Pero, ¿de qué modo legislar sobre unas cosas que se desconocen? Y, ¿podemos decir que sabemos, ni tan sólo aproximadamente, lo que es la guerra, cuál es su naturaleza, cuáles son sus funciones y el papel que desempeña?

Esta preocupación terapéutica, por muy legítima y comprensible que sea, es, creemos, el principal obstáculo para el estudio científico de las guerras. Tenemos prisa por encontrar remedio antes de conocer el mal, de creer antes de saber.

3 Sin embargo, la actividad legislativa y penal no ha podido impedir la constitución de una *criminología*.

Capítulo Primero

HISTORIA DE LA IDEA DE LA GUERRA

Antes de intentar la delimitación y definición del «fenómeno-guerra», antes de analizar sus múltiples aspectos, debemos recordar las principales teorías que han sido sostenidas respecto de las guerras, y los principales criterios que sobre ella existen desde que hay hombres y se baten.

I. — Las mitologías

Si bien las cosmogonías de los primitivos son, en general, demasiado vagas para que se puedan sacar enseñanzas precisas, por el contrario, en cuanto estamos en presencia de las civilizaciones históricas, se encuentran en sus cosmogonías y en sus mitologías dos rasgos comunes: 1. *El enorme lugar que ocupa la guerra;* 2. *El carácter, altamente loable, de la actividad guerrera que los dioses practican, animan y protegen.*

Nada más representativo, a este respecto, que el panteón germánico, el Walhalla, concebido a imagen de los festines en los cuales los guerreros se regocijaban después de una campaña victoriosa. Bajo la mirada satisfecha de Odin, el dios de las batallas, rodeados de trofeos, esclavos y cautivos, los afortunados beben el hidromel en el cráneo de sus enemigos, se comen su ganado, se distribuyen sus despojos, que renacen cada día y, «gozo supremo, se destrozan, a los postres, en el patio del palacio divino» (Du Puget).

Si bien la mitología china es más pacífica y el budismo es antiguerrero, por el contrario, la India brahmánica es prodigiosamente bélica. En los libros sagrados sólo se encuentran combates entre dioses, diosas, genios, gigantes, etc., con los cuales participan incluso, algunas veces, hombres, monos y otros animales. El relato de estas leyendas llena los Vedas. Los enormes poemas épicos como el Ramayana están, en gran parte, dedicados a relatar estas pompas mitológicas. Abundan en descripciones de batallas. Los templos hindúes están cubiertos de bajorrelieves representando estas luchas, y los dioses Indra, Mitra, Varuna, así como Brahma, Visnú, Siva y la diosa Kali, se destrozan en sus carros de guerra.

Respecto a la mitología griega, nos muestra a Zeus y a los dioses luchando con los Titanes, los gigantes y Tifeo; Cronos lucha contra Ofioneo; Marte está rodeado por la Discordia, el Temor y el Terror, y se honra con el título de «matador de hombres». A Palas se la representa siempre con coraza y armada con la lanza y la adarga. Y el mismo Apolo lleva flechas mortíferas.

En todas las civilizaciones conocidas, antes de las batallas y después de la victoria, era costumbre ofrecer sacrificios a los dioses, bien inmolando cautivos, bien dejando en los templos una parte del botín. Los asirios, los egipcios y los aztecas degollaban millares de prisioneros en medio de humos de incienso y grandes gritos de alegría.

La idea de ofrecer sacrificios a los dioses se conjuga, muchas veces, con ritos funerarios anticipados. La muerte previsible de los guerreros es, de este modo, prefigurada y celebrada por anticipado, lo mismo que su apoteosis. A menudo se añaden ritos propiciatorios, así como votos, bendiciones y ritos de purificación, los cuales se realizan, también, para prepararles una buena muerte y facilitar su resurrección.

Una curiosa supervivencia, no disimulada, de los ritos fúnebres que preceden al combate, fue practicada en Japón durante la Segunda Guerra Mundial: los jóvenes pilotos voluntarios de los aviones suicidas (kamikaze) asistían, la vís-

pera de su salida, a un banquete funerario. Iban vestidos de blanco, color de luto. De esta manera se despojaban, simbólicamente, de todas sus posesiones terrestres. Al día siguiente, en el campo de aviación, cada uno recibía una cajita blanca que representaba la urna que debía contener sus cenizas.

II. — Doctrinas teológicas de las guerras

El Antiguo Testamento. — Es sorprendente constatar que, cuando nació el monoteísmo, de entre todos los atributos posibles (que se repartían los dioses del Olimpo, tales como Vulcano, Juno, Mercurio, Ceres...) se otorgaron preferentemente al Dios único unos atributos guerreros: fue el «Dios de los Ejércitos».

La guerra empieza por orden expresa de Dios y no se hace nada sin él: «No temáis. Jehová, vuestro Dios, va delante de vosotros. Jehová, tu Dios, echará a estas gentes de delante de ti poco a poco... las quebrantará con gran destrozo y borrará su nombre de debajo de los cielos». (*Dt.*, 7, 8, 9), o bien, si los israelitas se apoderan de la Tierra Prometida, es por orden de Dios: «Porque Jehová juzgará con fuego y con su espada a toda carne. Y los muertos de Jehová serán multiplicados... y cuando saldréis, veréis los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí...», dijo Jehová (*I.*, 66).

Pero la guerra no siempre fue favorable a los hebreos. Cuando los hebreos se encontraron frente a los grandes y poderosos ejércitos extranjeros, la guerra dejó de ser atractiva y un nuevo estado de ánimo apareció, del cual dan testimonio Jeremías y Ezequiel: ya no es la guerrilla gloriosa entre tribus y pequeñas ciudades, sino que se convierte en un castigo enviado por Dios.

«He aquí la tempestad de Jehová que sale con furor, la tempestad se precipita y sobre la cabeza de los impíos repo-

sará. No se calmará la ira del enojo de Jehová hasta que haya hecho y cumplido los pensamientos de su corazón» (*Jer.*, 30).

El Corán. — Para el Corán, la propagación del Islam por las armas es un deber religioso. La guerra es un ideal, una orden de Dios: «Haced la guerra contra aquellos que no creen en Dios ni en el último día, que no miran como prohibido lo que Dios y su apóstol han prohibido y a aquellos de entre los hombres de las Escrituras que no profesan la verdadera religión. Hacedles la guerra hasta que hayan pagado el tributo con sus propias manos y sean sometidos» (Sura 9, versículo 29).

El famoso paraíso de Mahoma, que se ha hecho proverbial, está reservado únicamente a los guerreros que murieron luchando:

«Haced el sacrificio de vuestros bienes y de vuestras personas... Dios perdonará vuestras ofensas y os introducirá en los jardines donde corren los ríos» (Sura, 9, 90).

La teología cristiana. — El cristianismo primitivo tuvo, respecto a la guerra, una actitud poderosamente original; la maldijo y la repudió rotundamente: «Quien a hierro mata, a hierro muere». Orígenes, Tertuliano y san Ambrosio rechazan categóricamente el empleo de la violencia para cualquier fin. El dogma de la no violencia, proseguido por Tolstoi y Gandhi, es, esencialmente, una invención religiosa.

Sin embargo, la Iglesia se encontró muy pronto en la obligación de avenirse con el poder y, siguiendo el camino más realista trazado por san Pablo desde sus orígenes, los más eminentes teólogos empiezan a elaborar una doctrina de compromiso. San Agustín, perfectamente consciente de la contradicción entre el Antiguo y el Nuevo Testamento,

desarrolla una teodicea que justifica la guerra en la medida en que puede ser la expresión de la voluntad divina: «Si Dios, por alguna prescripción especial, ordena matar, el homicidio se convierte en una virtud».

Pero principalmente las Cruzadas pondrán a prueba la habilidad dialéctica de los teólogos. Y si bien san Bernardo se hace el defensor razonado de la Guerra Santa, puede verse igualmente a ciertos clérigos preconizar sin ningún disimulo los actos más bárbaros.

Raymond d'Agiles, canónigo de la catedral del Puy, escribe respecto de la toma de Jerusalén: «Se vieron cosas admirables... podía verse por las calles y en las plazas de la ciudad montones de cabezas, manos y pies. Los hombres y los caballeros andaban por todos lados a través de los cadáveres... En el Templo y en el Pórtico se circulaba a caballo en medio de charcos de sangre que llegaban hasta las rodillas del jinete y hasta la brida del caballo... Justo y admirable castigo de Dios, que quiso que aquel mismo lugar recibiera la sangre de aquellos cuyas blasfemias lo habían mancillado durante tanto tiempo. Espectáculos celestes... en la Iglesia y por toda la ciudad, el pueblo daba gracias al Dios Eterno».

Santo Tomás, en su célebre teoría de la «guerra justa», formula las condiciones que pueden hacer de la actividad guerrera una empresa admitida favorablemente por Dios. Son: 1. La autoridad del príncipe; 2. Una causa justa; 3. Una intención recta.

El equívoco de estas condiciones explica las vacilaciones de la Iglesia cuando se trata de tomar posición en un conflicto. Hasta el siglo pasado, la Iglesia enseñaba, todavía, que entre dos beligerantes la guerra únicamente podía ser justa de un solo lado. Hoy día profesa que la guerra puede ser justa por parte de los dos contendientes a la vez, «desde el momento en que cada uno de los dos

adversarios, sin estar seguro de su derecho, lo considera como sencillamente probable después de haber tomado en cuenta la opinión de sus consejeros»[1].

III. — Doctrinas filosóficas sobre las guerras

Los filósofos chinos. — La única filosofía que, a través de los siglos, se ha dedicado con constancia a no exaltar la guerra, es la china. Confucio dice, curiosamente: «Un general verdaderamente grande no ama la guerra, y no es vengativo ni apasionado».

Hasta una época bastante reciente, los chinos se han alabado de su debilidad militar, por su desprecio de los valores guerreros, y han sacado la convicción de su superioridad sobre las civilizaciones extranjeras. En su jerarquía tradicional, el soldado era colocado en el grado más bajo, inmediatamente antes que el bandido.

Los filósofos griegos. — No se encuentra en la filosofía griega una actitud moral verdaderamente nueva con respecto a la cuestión de la guerra. En general, la consideran como formando parte del orden providencial. Para Heráclito, la guerra es el instrumento mismo de este orden, pues divide y clasifica a los hombres e, incluso, a los dioses: «La guerra es la madre de todas las cosas. A unos los convierte en dioses, a otros los hace esclavos o bien hombres libres». Sin hacer la apología, e incluso condenándola, según la ocasión, Platón y Aristóteles admiten perfectamente su legitimidad, tanto bajo una forma ofensiva como bajo una forma defensiva, cuando es necesaria para el bien

[1] Bruneau de Solages, *Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, Toulouse, 1940.

de la Ciudad. La consideran como un hecho positivo, indiscutible: la Ciudad es, ante todo, un organismo defensivo, una fortaleza colectiva.

Los modernos. **Kant.** — Aunque la condena de las actividades bélicas se deduce necesariamente de los «imperativos categóricos», Kant no ignora el carácter abstracto de tal condena, y se ha ocupado especialmente en definir las condiciones prácticas del establecimiento de la paz. En un *Proyecto de Paz Perpetua* define cierto número de principios que se asemejan mucho a los que presidieron el Pacto de Wilson de la Sociedad de Naciones. Además, propone someter la decisión de la guerra o de la paz a la aprobación de cada ciudadano.

Después de haber señalado que la idea de una paz perpetua abarcaba todas las contradicciones propias de la noción de eternidad, Kant llegó, sin embargo, a esta conclusión: «La paz perpetua no es factible, pero puede ser indefinidamente aproximada».

Hegel. — Generalmente se le considera como un apologista acérrimo de la violencia y de la guerra. Es posible justificar a Hegel de ciertas fórmulas exageradas, haciendo constar que no hace más que reconocer un hecho sin aprobarlo. No obstante, no se puede negar que defiende el carácter «civilizador» de la violencia. Este es el momento en que el Estado realiza su más alta conciencia. Napoleón, a quien admiraba apasionadamente antes de su derrota, era para él «el Espíritu universal a caballo».

Para Hegel, la guerra es un mal necesario que tocará a su fin con la realización del «Espíritu absoluto». El cómodo fatalismo de Hegel consiste en inclinarse con facilidad ante la necesidad en-

carnada por los vencedores, y a sentir un gusto romántico por las soluciones trágicas.

Joseph de Maistre. — Elaboró una filosofía de la guerra que ahora es casi clásica. Algunas de sus fórmulas, extremadamente líricas, se han hecho célebres. Sus tesis se ven renacer periódicamente. Lo esencial de su doctrina está contenido en las siguientes citas:

«Cuando el alma humana ha perdido su energía debido a la desidia, a la incredulidad y a los vicios gangrenosos que siguen al exceso de civilización, solamente puede revigorizarse por la sangre... los verdaderos frutos de la naturaleza humana, las artes, las ciencias, las grandes empresas, los conceptos elevados, las virtudes viriles, dependen, sobre todo, del estado de guerra... Se diría que la sangre es el abono de esta planta que se llama genio.»

«Hay algo misterioso e inexplicable en la importancia que los hombres dan a la gloria militar... la guerra es divina en sí misma, puesto que es una ley del mundo... En ninguna otra parte la mano divina se hace sentir tan vivamente en el hombre.»

Nietzsche. — Los «belicistas» tienen por costumbre apoyarse en él. Su obra está sembrada de frases exaltando la guerra: «Debéis amar la paz como medio de nuevas guerras y la paz breve, más que la larga... decís que la buena causa santifica la guerra; yo os digo: la buena guerra santifica toda causa... hermanos míos en la guerra». Los sufrimientos engendrados por la guerra le parecen ser una excelente escuela: «Para que la prueba sea concluyente, es necesario que la guerra sea sin tregua y exenta de piedad. Las únicas virtudes son la bravura, la astucia y la inteligencia; en una palabra, la fuerza». La aspiración a la felicidad impide al hombre ser grande; hay que saber sufrir y morir: «La guerra y el valor han hecho cosas más grandes que el amor al prójimo... La guerra

es la mejor prueba, el único recurso imparcial y justo; a decir verdad, el único imaginable». En nombre del instinto, hay que volver a la guerra que combate la razón, ya que «el instinto empuja al hombre a todo aquello que intensifica su vida».

Sin embargo, la ambigüedad del lenguaje lírico de Nietzsche es, con frecuencia, tal, que uno puede preguntarse si glorificando la guerra no se refería tanto a las luchas morales como a las luchas físicas, pues su obra contiene, igualmente, terribles ataques contra el espíritu gregario y solemne de una cierta tradición pangermánica.

Los negadores. — Pertenecen a dos tipos. Unos critican a los apologistas de la guerra, esforzándose en demostrar que la parte de la destrucción y de la regresión sobrepasa el balance positivo. Otros, como Erasmo y Rabelais, pero en especial los filósofos franceses del siglo XVIII —a excepción de J. J. Rousseau— se esfuerzan en *desantificar* la guerra, presentándola como una aventura en la cual el ridículo corre parejas con el absurdo. Hacen, refiriéndose a ella, *humor negro* anticipado.

Ya se conoce la famosa vista «panorámica» de Voltaire respecto de las guerras: «En el momento en que os hablo, hay cien mil locos de nuestra especie cubiertos con sombreros, que matan a otros cien mil animales cubiertos con turbantes, por unos cuantos montones de barro del tamaño de vuestro tacón... Solamente se trata de saber si terminarán perteneciendo a cierto hombre al que llaman Sultán, o a otro, al cual llaman, no sé por qué, César... Casi ninguno de todos esos animales ha visto jamás al animal por el cual se asesinan».

IV. — Las doctrinas morales y jurídicas

Por lo mismo que no hay sociedad, por primitiva que sea, sin una doctrina jurídica implícita, no hay

tampoco guerra sin unas reglas vagas o precisas que presiden el comienzo de las hostilidades y su conclusión.

La antigüedad romana. — Entre los romanos de la época clásica, el derecho de la guerra empieza *ab initio.* Es esencialmente formalista, y un colegio especial de sacerdotes, los *feciales,* velan por la estricta aplicación de las reglas. Lo esencial es que la guerra sea declarada según los ritos; poco importa el porqué y el motivo. Si las formas de la declaración de guerra están minuciosamente respetadas, es justa. De lo contrario, la no observancia de los ritos hace de ella una injusticia; es nefasta y llamada al fracaso y a la desgracia.

La matanza de los vencidos y la venta de los supervivientes como esclavos era la regla.

Sila hizo matar, tranquilamente, en el Campo de Marte, a cuatro mil prisioneros samnitas. En Reggio la población entera fue pasada por las armas. Durante las guerras púnicas, los romanos, habiéndose apoderado del campo de Asdrúbal, pasaron a todos los cartagineses por las armas y mataron a todos sus auxiliares galos, que estaban durmiendo en estado de embriaguez acostados sobre paja.

Respecto a los países conquistados por Roma, eran subyugados según diferentes grados. El derecho de conquista más absoluto era el de la rendición, cuya fórmula atestigua que el vencido se rendía a discreción: «Hago don de mi persona, mi ciudad, mis tierras, el agua que corre, mis templos, mis objetos mobiliarios y todas las cosas que pertenecen a los dioses, al pueblo romano».

En los tratados, los romanos observaban un espíritu jurídico muy formalista y minucioso. «Los juicios heroicos —dice Vico— se observaban con un respeto escrupuloso de las palabras *(religio verborum)*... Según los términos con los cuales los

tratados eran cerrados, podemos ver a los vencidos oprimidos miserablemente o ver cómo engañan felizmente el odio del vencedor.»

Los cartagineses se encontraron en el primer caso: el tratado que habían hecho con los romanos les aseguraba la conservación de sus vidas, sus bienes y su ciudad. Por esta última palabra designaban su ciudad material, los edificios (*urbs* en lengua latina). Pero como los romanos se habían servido de la palabra *civitas* en el tratado, que quiere decir la reunión de los ciudadanos, la sociedad, se indignaron de que los cartagineses se negasen a abandonar la orilla del mar para trasladarse a vivir, a partir de entonces, tierra adentro, y los declararon rebeldes, tomaron la ciudad y la redujeron a cenizas. Siguiendo el derecho heroico, no creyeron haber hecho una guerra injusta.

El derecho bíblico de la guerra. — Se puede considerar que ha encontrado su expresión más adecuada en Maimónides, aunque el punto de vista de este se haya visto influenciado por su época, es decir, por las guerras feudales y las guerras santas que estallaban periódicamente entre los Estados cristianos y musulmanes.

En caso de invasión, todos están obligados a combatir. Por el contrario, las guerras de agresión son hechas por voluntarios. El filósofo medieval, anticipándose, trata de la siguiente manera el problema de los «objetores de conciencia»:

«Hay dos clases de guerras —dice Maimónides— las guerras necesarias y las expediciones voluntarias. Las primeras son para la defensa del territorio nacional; las otras tienen como objeto la extensión de fronteras. En el primer caso, el rey entra en campaña por su propia autoridad; en el segundo, le es necesario el asentimiento del Sanedrín.» Incluso en este último caso, no todos los ciudadanos están obligados a tomar parte en el conflicto. Existen numerosas causas de exención que se enumeran en el Deuteronomio. Aquel que ha plantado una viña, ha construido una casa o se ha casado con una nueva mujer, está exento durante un año del servicio de

guerra. Finalmente, antes de partir para el ejército, unos heraldos deben recorrer todas las filas e invitar a irse a todos aquellos que tienen miedo o que no están convencidos de la justicia del conflicto.

La guerra debe empezar con un intento de conciliación que semeja más bien un ultimátum, y que comporta, incluso, una especie de cláusulas mínimas: «No se puede atacar a un enemigo cualquiera sin haberlo antes invitado a una conferencia proponiéndole la paz» (*Dt.*, XX, 10).

Si estalla el conflicto, hay que respetar unas reglas de moderación: «En el caso de saquear una ciudad como consecuencia de la guerra, está prohibido matar a ninguna mujer o a ningún niño» (*Dt.*, XX, 14). Finalmente, si las condiciones de paz son aceptadas, ningún enemigo debe morir (*Dt.*, XXII).

Edad Media. — Después de un período de atrocidades sin freno alguno, se va constituyendo, poco a poco y gracias a la acción paciente y tenaz de la Iglesia, un derecho de gentes que, aunque se viole muy a menudo, no por ello ha dejado de rendir servicios innegables.

Juristas y moralistas —sin preocuparse del porqué, del cómo ni de la naturaleza de las guerras— elaboran unas reglamentaciones tendentes todas hacia una suavización:

La más importante es, sin duda, la institución de la Tregua de Dios. Se decidió en el siglo XI y, en principio, prohibió que se tomaran las armas desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana, con objeto de que cada cual pudiese cumplir su deber dominical con Dios. Más tarde fue prolongada y empezada el jueves. Tiempo después, se exigió la suspensión de las hostilidades durante el Adviento, la Cuaresma y el tiempo de Pentecostés. La violación de esta tregua traía consigo la excomunión.

La pequeña guerra, entre pequeños grupos de lengua y civilización análogas, es propicia a la creación de convenciones. Es por eso que durante el período feudal de Europa se ve desarrollar el derecho de guerra. La guerra tiende a convertirse en un juego de príncipes, un deporte peligroso reservado a los notables. Se hacen muchas cabriolas, pero se mata muy poco. Infinidad de reglas la canalizan, intentando hacerla, a la vez, cortés y teatral, como aquellas armaduras herméticas contra las cuales se puede golpear con gran ruido sin hacerse mucho daño.

Maquiavelo. — Todos conocemos la fórmula que resume concisamente la tesis de Maquiavelo: «Toda guerra es justa desde el momento en que es necesaria». Es, sobre todo, partidario de la «guerra preventiva», que él juzga la única verdaderamente razonable.

El propio Maquiavelo ha explicado esta «necesidad» algo ambigua: Dice «Hay que defender a la patria, ya sea con ignominia o bien con gloria; todos los medios son buenos con tal de que se defienda». Y para que la patria sea bien defendida, muchas veces hay que atacar el primero: «Los romanos, presagiando de lejos los inconvenientes (futuros), procuraban evitarlos rápidamente y no dejaban que la situación empeorase, con objeto de evitar una guerra. Sabían que la guerra difícilmente puede evitarse, pero que es ventajoso para el enemigo si se la retrasa».

En cuanto a las reglas humanitarias, Maquiavelo se muestra desilusionado a su respecto: «Un príncipe... no puede ejercer impunemente todas las virtudes, porque el interés de su conservación lo obliga, a menudo, a violar las leyes de la humanidad, de la caridad y de la religión». Después de Maquiavelo, y hasta principios del siglo XIX,

ya no hay más teorías positivas sobre la guerra, excepto doctrinas de teólogos y de juristas.

Clausewitz. — Analista de la guerra, de sus fines, de sus medios y de todos sus aspectos, Clausewitz atestigua, y sus implacables comprobaciones apenas juzgan. Sin embargo, junto con Marx y Darwin, es una de las figuras más notables del siglo XIX. Aquello que para él justifica la guerra a los ojos de la razón, es la gran magnitud de sacrificios que se hacen por ella; es menester hacerla completamente. Es el enemigo quien ordena, pues hay que estar siempre preparado a superarlo en el sacrificio. La existencia de una casta guerrera es, según dice él, indispensable, pero es más indispensable todavía formar unos soldados, «pues el espíritu militar se mantiene, quizá, por tradiciones o por una legislación, pero solamente la guerra puede crearlo». La supremacía de la política es uno de los principios originales de Clausewitz; el ejército, para él, es únicamente un instrumento. «En realidad, las guerras... no son más que la expresión o las manifestaciones de la política. Querer subordinar el punto de vista político al punto de vista militar es un contrasentido, puesto que es el factor político el que ha decidido la guerra. Él es la facultad inteligente; la guerra es solamente su instrumento, y no a la inversa. La subordinación del punto de vista militar al punto de vista político es, pues, lo único posible.» Siendo el ejército el instrumento de la política, su importancia es extremada, pues es el punto de la vida social: «La guerra se desarrolla en el seno de la política de un Estado y sus principios se encuentran ocultos, lo mismo que los caracteres particulares del individuo lo están en el embrión». Así, «se debe hacer la guerra con todo el poder de la nación». De este modo se des-

prenden, en Clausewitz, los trazos de la guerra total; y es por esto, precisamente, que «la guerra es un acto de violencia llevado a sus límites extremos... emprender un combate con posibilidades iguales es una inepcia peligrosa... la tendencia a la destrucción del enemigo es inherente a la idea de guerra: victoria es sinónimo de aniquilamiento...».

V. — Las teorías sociológicas

Tienen como principio común reconocer la guerra como un fenómeno «normal» de la vida de los pueblos, en el sentido durkheimiano de la palabra. No obstante, se distinguen por su manera de concebir el futuro: a grandes rasgos, unas —las llamaremos *optimistas*— consideran que las guerras son el producto de una estructura social y que hay motivo para esperar y prever que algún día será superada, mientras que otras —las *pesimistas*— ven en las guerras un fenómeno eterno; fenómeno que, muchas veces, resulta benéfico.

Las doctrinas «optimistas». **Saint-Simon.** — Espera, de la era industrial, el fin de las guerras. «La industria es la enemiga de la guerra; todo aquello que se gana en valor industrial, se pierde en valor militar.» En la Antigüedad, los pueblos luchaban y tenían, después de las guerras, unos esclavos que los alimentaban. Pero los pueblos modernos producen por ellos mismos. Por consiguiente, el estado de guerra o de paz depende de la industria. El régimen industrial, en el cual los individuos se alimentan por la producción, está en vías de sustituir —por una evolución histórica— al régimen militar y al régimen feudal antiguo, cuyos medios de subsistencia estaban, más o menos directamente, fundados en el robo.

Auguste Comte. — En un principio colaborador de Saint-Simon, desarrollando sus teorías va mucho más allá. Acentúa todavía más la distinción entre el estado militar y el estado industrial. La actividad humana tiene sólo dos objetivos: la conquista o la acción sobre la naturaleza, es decir, la producción: «Toda sociedad que no esté netamente organizada para uno u otro de estos objetivos, sólo puede ser una asociación bastarda y sin ningún carácter. El objetivo militar era el del antiguo sistema; el objetivo industrial es el del nuevo». Paralelamente a su «ley de los tres estados», establece una ley sobre la evolución de la guerra: 1. La guerra por sí misma y por necesidad: las sociedades primitivas sólo podían aprender el orden en la escuela de la guerra; ha favorecido la esclavitud y, con ella, la industria; el militarismo era tan indispensable como inevitable; 2. Todavía subsiste, pero subordinada al industrialismo naciente y decrece a medida que la vida industrial va desarrollándose (Comte declara las guerras modernas menos mortíferas que las de otros tiempos, principalmente porque, como son cada vez más precisas, el conjunto de la población no participa en ellas efectivamente; así, en la sustitución de los ejércitos permanentes por las milicias feudales, ve la disminución del espíritu militar); 3. La industrialización, a fin de cuentas, suprimirá las guerras.

No es sin cierta penosa ironía que leemos todas estas predicciones, las cuales, hoy por lo menos, quedan desmentidas en toda la línea, lo mismo que las de Spencer. En nuestros días parece que la industria haya ampliado la guerra, y que haya implicado a todo el mundo. La industria se ha convertido en la servidora del militarismo. Cada

día está más al servicio de la guerra y de su preparación.

Herbert Spencer. — Spencer, lo mismo que Comte, se apercibe, al mismo tiempo, de los servicios prestados por las guerras en la formación del mundo y de los males que acarrean hoy. Todo concurre a ello. En una sociedad militar, los no combatientes se ven obligados a asegurar la vida de los combatientes y, por ello, sirven también a la guerra. El tipo militar, aunque inferior al tipo de sociedad industrial, no ha sido por eso menos necesario, ya que el arma ha precedido a la herramienta y, sin arma en los principios, no hubiera habido nunca herramienta. La formación del mundo en Estados, es decir, en vastas sociedades, únicamente ha podido conseguirse con la fuerza y progresivamente. Sin este empleo de la fuerza, estaríamos todavía con las pequeñas tribus nómadas, en lugar de los grandes conjuntos modernos favorables al desarrollo de las ciencias y de la industria.

Una ilustración característica de la tesis de Spencer es la siguiente: mientras dura la barbarie y la infancia de la civilización, la guerra tiene por efecto exterminar las sociedades débiles y eliminar a los débiles en las sociedades fuertes; pero, pasado un cierto grado de evolución, se convierte en una fuente de retroceso, pues «hay tendencia a elegir y a exponer a la muerte a los mejor constituidos y más robustos y a dejar para la reproducción a aquellos individuos físicamente inferiores».

Tarde. — Para él la guerra es «un método trágico y no eterno de dialéctica social». La guerra es la resultante de dos silogismos colectivos en conflicto: «Las voluntades acumuladas en dos naciones acaban por encarnarse en dos ejércitos que marchan uno contra otro». Y basta una sola condición para que las contradicciones se resuelvan

en guerra. «Cuando una pregunta se plantea simultáneamente a un cierto número de hombres, todos aquellos que comparten el mismo deseo lo hacen al mismo tiempo y adquieren conciencia de esta identidad, de esta simultaneidad.»

Pero la oposición, por sí misma, no crea nada: «¡Que se cite alguna gran batalla que haya engendrado un progreso decisivo del arte militar!... En todos los terrenos, el progreso es el fruto, no de la lucha, de la competencia, de la discusión misma, sino de la serie de buenas ideas aparecidas en ingeniosos cerebros y apropiadas a su tiempo: de adaptación y no de oposición». El avance del arte militar es el resultado «no de las batallas, sino de invenciones principalmente industriales, artísticas u otras, que la guerra no ha producido ni favorecido en nada y que, por el contrario, frecuentemente ha hecho abortar y que solamente ha sugerido, aquí y allá, su aplicación en el armamento y en la táctica... Las batallas navales han engullido, durante la Antigüedad y la Edad Media, innumerables escuadras, sin modificar en modo alguno el tipo del trirreme». Pero la guerra «ha evolucionado casi tanto como el trabajo, más que el amor y las bellas artes y mucho más que el crimen. Todo cambia de una época a otra, tanto los medios empleados como los fines perseguidos».

Marx y los marxistas. — Si se intenta resumir las tesis de Marx y de sus discípulos referentes a la guerra, nos encontramos primeramente con la idea fundamental que fue la base de la predicación de Gracchus Babœuf: «Ha habido únicamente una guerra eterna: la de los pobres contra los ricos». Será siempre la lucha permanente de las clases.

Una segunda posición del marxismo con respecto a las guerras es la adopción de la tesis ma-

quiavélica de la *guerra de diversión*, combinada con la noción volteriana de *engaño*. Las clases dirigentes desvían al pueblo de la lucha de clases, sugiriéndole unas pasiones nacionales o religiosas. En aquel tiempo, la escuela de Marx era, contrariamente a la de Proudhon, internacionalista y antimilitarista.

Puede añadirse a estas tendencias una explicación de las causas de guerra, clásicas en las doctrinas socialistas, a saber: que los conflictos armados tienen *por origen unos antagonismos económicos*. Este es un punto de vista de los más importantes, pues subraya y pone en claro uno de los aspectos principales e inseparables de los conflictos armados[2].

Las doctrinas «pesimistas». — Entre sus protagonistas se encuentran verdaderos apologistas, que predicen con satisfacción que la guerra no hará sino crecer y embellecerse. Tal es el caso de **R. S. Steinmetz**, defensor «científico» de la guerra; según él, la guerra no desaparecerá jamás ni debe desaparecer. Steinmetz parafrasea casi a Hegel: «La victoria se da según la constitución íntima de los pueblos en el momento de la guerra». La guerra es el principal procedimiento de selección colectiva, siendo esta forma de selección propia de la humanidad: «La guerra es la piedra de toque de las naciones. Piedad, si se quiere, para los débiles, pero paso a los fuertes».

Isoulet querrá demostrar que fuerza es sinónimo de virtud; los débiles, es decir, los inmorales, quedan barridos por la guerra. Por consiguiente, la guerra es forzosamente moral. El factor de la interacción y de la asociación ha determinado la evolución de los organismos y el desarrollo del

[2] **Engels**, F., *Anti-Düring*, capítulos II, III y IV.

«sentido social, científico, industrial y moral en el hombre».

Lo mismo que la de Nietzsche, la admiración de **Georges Sorel** por la guerra, más exactamente por la lucha, le es dictada, en gran parte, por su odio hacia la moral cristiana, que él juzga antibiológica. Georges Sorel preconiza la lucha de masas, la guerra civil que desarraigue el capitalismo y la guerra crónica que aniquile el cristianismo. Para él, lo esencial de una sociedad son sus mitos, y estos sirven, sobre todo, para cultivar el espíritu bélico de las masas. No hay gran diferencia entre la guerra civil y la guerra extranjera: «Una huelga general puede convertirse perfectamente en una batalla napoleónica».

El colmo del belicismo teórico lo alcanza **Gumplowicz**, cuya doctrina no es más que una llamada ávida a la guerra: «El gran error de la psicología individualista es la suposición de que el hombre piensa. El origen de su pensamiento está en el medio social en el cual vive». Supone un odio inherente e inmortal en las relaciones de un grupo a otro: por consiguiente, lucha inevitable y mortal entre los grupos. Todas las formas sociales y las instituciones nacen de la guerra. El origen de los Estados es la reunión de los grupos victoriosos con los grupos avasallados, en que los vencedores se convierten en el cuerpo privilegiado y dirigente. El origen del derecho es un conjunto de reglas dictadas por el grupo dirigente para dominar y explotar al grupo subyugado. La estratificación y la desigualdad sociales provienen del hecho por el cual los vencedores se convierten en aristocracia. En consecuencia, todas las reglas de conducta obligatorias nacen de la guerra y a ella se deben.

A todas estas apologías podemos añadir las de

los sociólogos imbuidos de fatalismo y de crueldad «biológica» por la aplicación de los principios darwinianos de la lucha por la vida y la eliminación de los ineptos. Todos —Le Dantec, Quinton, etc.— hacen prevalecer los fenómenos de hostilidad sobre los de ayuda mutua y de división del trabajo, que juegan un papel ciertamente superior en la vida social[3].

[3] La enumeración contenida en estas páginas está lejos de ser completa. Contiene únicamente las ideas y los autores más representativos. Ver el estudio del autor *Les guerres*, págs. 38 a 109, Payot, editor.

Capítulo II

EL «FENÓMENO-GUERRA»: DELIMITACIÓN Y DEFINICIÓN

Aquí se trata de dar sólo una definición provisional del «fenómeno-guerra» que nos permita delimitar el campo de las investigaciones. Una definición exhaustiva como «La guerra es...», supondría un conocimiento perfecto de este fenómeno, y estamos muy lejos de ello. Así, nos limitaremos a distinguir los rasgos que la caracterizan.

Generalmente se tiene tendencia a integrar la guerra en el conjunto de los fenómenos de oposición y de lucha y a considerarla como un caso particular de la lucha universal. Pero la misma generalidad de esta noción hace que oscurezca el problema en lugar de esclarecerlo. Yendo de una a otra y de extensión en extensión, acabaríamos por poner la etiqueta «lucha» en las acciones más diversas. Se puede decir que la digestión es una lucha del estómago contra los alimentos, que la labranza es una lucha del campesino contra la tierra, y que la investigación científica es una lucha entre el estudiante y el saber. También la palabra «lucha» frecuentemente se confunde con esfuerzo. Obstáculo se asocia a enemigo. La primera distinción que puede hacerse entre la guerra y las otras formas de lucha es que estas últimas pueden desarrollarse contra cosas inertes o adversarios inconscientes. La guerra, por el contrario, supone

un enemigo activo y organizado. Implica reciprocidad de acción voluntaria. Las teorías darwinianas y lamarckianas de la evolución de las especies han hecho mucho para acreditar este género de confusión, pues enfocan juntos y casi indistintamente todos los obstáculos que es necesario que una especie supere para poder perpetuarse.

Pero las formas de lucha y de oposición son innumerables, y es por ello que la noción de guerra ha de ser netamente delimitada con relación a todas las formas de antagonismo conocidas o concebibles. Con objeto de evitar toda confusión, el mejor método consiste en delimitar y subdividir.

El rasgo más chocante de la guerra nos parece que es su carácter de fenómeno colectivo. En este sentido, debe ser claramente diferenciada y separada de los actos individuales de violencia. Pero, para que un conflicto deje de ser individual y se convierta en colectivo, ¿es suficiente añadir una unidad, otra unidad, o dos, o mil, o diez mil unidades? Todo depende de las circunstancias y de la apreciación, forzosamente arbitraria. Ciertos autores creen que esta imprecisión demuestra cuán fácil es comparar la guerra con el crimen individual, puesto que existe entre ellos toda una serie de formas transitorias[1]. Nos vemos obligados, por lo tanto, a depender de un criterio muy elástico por lo que se refiere a la extensión de los grupos que se enfrentan en un conflicto guerrero, que pueden ser gigantescos como en el caso del imperio romano, de la China antigua o de los grandes Estados de hoy, pero que pueden ser también minúsculos, sin que sus luchas armadas pierdan por ello el carácter de guerras propiamente dichas.

1 Pradier-Fodéré, *Traité de Droit International*, vol. VI, pág. 543.

Porque la guerra se distingue de la lucha universal y de los crímenes individuales por dos otros rasgos muy importantes: *un elemento subjetivo, la intención, y un elemento político, la organización.*

Efectivamente, la guerra está al servicio de los intereses de una agrupación política, mientras que la violencia individual está al servicio de un interés privado. Pero en esto también nos vemos obligados a admitir ciertos matices. El primero es que los límites del derecho privado y del derecho público a menudo han variado. En ciertos países, como el Japón de antes de la capitulación de 1945, la guerra podía ser considerada, por lo menos teóricamente, como un asunto de derecho privado concerniente a una dinastía de príncipes, cuyos intereses eran sufragados por el resto de la nación. El uniforme —se decía en el siglo XVII— es la «librea del rey». La segunda objeción es que, frecuentemente, en las guerras es muy difícil distinguir la *finalidad* del *motivo.* Se podría decir que los motivos son de orden individual o, por lo menos, del orden de la psicología individual, mientras que la finalidad de cada guerra es de orden colectivo. Pero sucede muchas veces que ciertas guerras —y de las más grandes— resultan ser la extensión progresiva de un conflicto entre individuos, conflicto en el cual han ido arrastrando, poco a poco, grupos enteros. En nuestros días todavía, los malos tratos sufridos por individuos son, muchas veces, el motivo —o el pretexto— de terribles conflagraciones.

Finalmente, y sobre todo, la guerra tiene un carácter jurídico. Incluso se ha podido decir que la guerra era un verdadero *contrato,* puesto que no hay guerra propiamente dicha que no esté regida por unas reglas más o menos precisas y por un derecho formal o habitual. Como han destacado

ciertos autores, la guerra está muy lejos de ser el combate eterno de Hobbes *(bellum omnium contra omnes)* o una batalla ininterrumpida; es el «estado de guerra», es decir, un período durante el cual se aplican unas reglas jurídicas de naturaleza particular. Se pueden concebir, inclusive, largos períodos de guerras sin hostilidades: como las largas guerras de posición del siglo XVIII, o lo que ocurrió en el frente franco-alemán desde septiembre de 1939 hasta abril de 1940.

Estudiando el *duelo* y las reglas que rigen los combates singulares, nos podemos dar cuenta de ciertos aspectos de la génesis y del papel de las guerras. El duelo es una riña diferida: dos hombres que se han insultado o que creen que están separados por un insoportable litigio, en lugar de echarse el uno contra el otro o intentar asesinarse mutuamente, a traición o por medio de una emboscada, acuerdan retrasar esta batalla espontánea y sustituirla por un combate regular y solemne. Lo mismo que, en la guerra, los grupos o sus dirigentes refrenan sus impulsos guerreros para desencadenarlos únicamente en un momento preciso y siguiendo ciertas reglas.

También se pueden observar ciertas analogías entre el aspecto de verdadero *proceso* de la guerra, destinada a poner fin a una discusión cuyos motivos se han precisado por anticipado, y el *duelo judicial*. Esta última ya no es la manifestación de un impulso hostil o destructor, sino una manera de decir el derecho: Dios dará la victoria a quien tiene razón[2]. En el derecho internacional actual, se explica que los Estados están, en cierta manera,

[2] Esmein, V., *Histoire du droit français*.

obligados a batirse por falta de una jurisdicción habilitada para terminar con sus conflictos. Los areópagos se reúnen *después,* y no antes de la mayoría de las guerras (como, por ejemplo, el Congreso de Berlín en 1878), para *sacar las consecuencias jurídicas del resultado del conflicto.* Todo ocurre como si los miembros del Congreso hubiesen tácitamente organizado y prescrito un duelo judicial y hubiesen esperado el resultado para sacar las consecuencias jurídicas.

Mirando, alternativamente, cada uno de estos diferentes puntos de vista, se han propuesto gran número de definiciones de la guerra. Insistiendo sobre su aspecto jurídico, Quincy Wright cree que «la guerra es la condición legal que permite a dos o a varios grupos hostiles dirigir un conflicto por medio de fuerzas armadas». Considerando sus intenciones, Clausewitz dice que «la guerra es un acto de violencia, cuyo objetivo es forzar al adversario a ejecutar nuestra voluntad». Otros estiman, como Martens, que la guerra consiste, sobre todo, en una «lucha entre hombres». Otros también exigen que esta lucha tenga lugar entre Estados independientes, es decir, que tenga un carácter internacional (como Bynkerschoëk, Twins, Geffcken, Bluntschli, Pradier, Dupuis), etc. Entre las definiciones más complejas, podemos citar la de Von Boguslslawski: «La guerra es el combate dirigido por una agrupación determinada de hombres, tribus, naciones, pueblos o Estados, contra otra agrupación igual o similar»; la de Lagorgette: «La guerra es el estado de lucha violenta surgida, entre dos o varias agrupaciones de seres pertenecientes a la misma especie, de su deseo o de su voluntad»; finalmente, otra definición de Quincy Wright: «La guerra puede ser considerada como un conflicto simultáneo de

fuerzas armadas, de sentimientos populares, de dogmas jurídicos y de culturas nacionales».

Por nuestra parte, propondremos la definición siguiente: *la guerra es una lucha armada y sangrienta entre agrupaciones organizadas*[3]. Algunos encontrarán esta definición demasiado amplia y otros la encontrarán demasiado estricta. Sea lo que fuere, podemos decir, para resumir, que la guerra es una forma de violencia que tiene como característica esencial ser metódica y organizada respecto a los grupos que la hacen y a la forma como la dirigen. Además, está limitada en el tiempo y en el espacio y sometida a unas reglas jurídicas particulares, extremadamente variables según los lugares y las épocas. Su última característica es la de ser sangrienta, ya que, cuando no comprende la destrucción de vidas humanas, es un conflicto o un intercambio de amenazas. La llamada «guerra fría» no es guerra.

[3] *Les guerres, loc. cit.* págs. 36 y sigs.

Capítulo III

CARACTERÍSTICAS ECONÓMICAS DE LAS GUERRAS

I. — Necesidad de una acumulación previa

Si nos situamos en el punto de vista económico, la guerra se presenta como una especie de *actividad de lujo*. En cuanto se sobrepasa el estado de la *razzia*, la guerra exige una preparación. De igual modo, si la hace un país pobre contra un país rico, con el deseo confesado de apoderarse de sus riquezas, exige un primer desembolso de fondos. Los armamentos son necesarios. Es menester un mínimo de aprovisionamiento para poder permitir al ejército atacante reunirse, ejercitarse y también alimentarse, por lo menos hasta sus primeros éxitos y hasta que el ejército pueda vivir a costa del enemigo. Es imposible hacer una guerra sin un capital inicial de mano de obra, aprovisionamiento y utillaje. Toda guerra es, desde cierto punto, una empresa económica; empieza por una acumulación de capital, de moneda o de materiales. Y, a medida que su terreno se va ampliando y que se va haciendo más vasta y más sabia, los medios económicos puestos en juego, así como los fondos empleados, van haciéndose más considerables. La guerra está sometida al fenómeno general de *prolongación de los procesos de preparación y de producción* señalado por Boehm-Bawerk.

Por consiguiente, cada guerra plantea, antes que nada, unos problemas de financiación o, por lo menos, de producción y de acumulación. «Para hacer la guerra —decía el mariscal de Saxe— son necesarias tres cosas: primero, dinero; segundo, dinero; tercero, dinero.» La solución clásica dada a este problema, por lo menos desde que existe una moneda metálica, es la constitución de un tesoro de guerra. La mayor parte de las ciudades de la Antigüedad poseían un tesoro de guerra depositado en los templos. El poder militar y naval de Atenas creció bruscamente después del descubrimiento de las minas de plata del Laurio; con su producto se pudo construir la flota que hizo de ella la primera potencia naval del Mediterráneo oriental. Gracias a sus recursos, la república mercante de los Países Bajos fue la creadora de los ejércitos permanentes modernos: formados por mercenarios, eran los más disciplinados, mejor equipados y más temibles de Europa. También fue la afluencia de metales preciosos del Nuevo Mundo lo que permitió a España convertirse en una importante potencia militar y naval y organizar un ejército permanente, que empleó para seguir una política imperialista en toda Europa occidental.

El famoso tesoro de la Torre de Spandau, constituido con una parte de la indemnización que Francia entregó en el momento del Tratado de Francfort, y el tesoro de Menelik encerrado al pie de la estatua conmemorativa de su victoria, son supervivencias espectaculares del tesoro de guerra. Pero en nuestros días, y aunque se quiera negar, la práctica del tesoro de guerra sigue existiendo bajo la forma más banal de reservas metálicas de los bancos de emisión, o de divisas extranjeras, las cuales representan, indirectamente, el oro. La me-

jor prueba de ello es que estas reservas se ponen en circulación en el momento de los conflictos, y que, según el resultado de la guerra, se puede comprobar que estas reservas crecen o disminuyen. Quizás es este el mejor instrumento de medida para poder identificar al verdadero vencedor de una guerra. Después de 1918, las reservas de oro del Banco de Francia llegaron a una cantidad jamás alcanzada anteriormente; en 1945, este tesoro nacional estaba casi completamente perdido. Actualmente, a pesar de las teorías de Strakosch sobre la «distribución del oro», la mayor parte de este precioso metal se ha dado cita en los sótanos de Fort-Knox, en donde constituye el formidable tesoro de guerra de Estados Unidos. La reserva de oro pasa de un vencedor a otro. Es fatal que, en tanto el oro permanezca como patrón internacional, continuará jugando un papel de última reserva, puesto que la confianza en las monedas de papel se quebranta tan pronto como empiezan a agravarse las perturbaciones sociales.

Finalmente, en la preparación económica de las guerras no hay que olvidar los presupuestos militares. En todos los Estados organizados, una parte de las rentas nacionales se destina a los armamentos y a mantener cierto número de hombres (combatientes, técnicos, obreros de los arsenales y de las fortificaciones, marinos, alumnos de las escuelas militares y navales) que tienen por misión preparar la guerra o mantenerse preparados para poder hacer frente a todo ataque.

Por consiguiente, la preparación de la guerra juega el papel de una *redistribución de las rentas*, yendo a parar a los militares y asimilados, así como a sus familias. Hablando en el estilo de Keynes, diremos que la preparación de la guerra

contribuye a realizar el *pleno empleo* y, en cierta medida, a alcanzar el equilibrio económico. Los gastos militares están tan integrados en nuestra existencia nacional y en nuestros presupuestos, que se plantearían graves problemas de paro y de mercados si quedaban suprimidos bruscamente.

Pero los presupuestos militares dejan de presentarse bajo el ángulo del equilibrio económico interior cuando un Estado se ve obligado a importar armamento, materias primas u otros objetos del extranjero. Entonces puede verse cómo se presentan unos problemas de balanza de cuentas y de pagos, así como la terrible cuestión de los cambios. La guerra de 1914 trastornó bruscamente todos los cambios y las paridades en una Europa donde todas las monedas eran estables. Desde entonces, las cosas han ido empeorando a medida que la guerra iba mecanizándose y ya no podía ser dirigida solamente por hombres equipados con un armamento escaso. Esta situación provoca la eliminación progresiva de las potencias que no disponen de vastos territorios y, especialmente, de recursos completos de materias primas.

Varios Estados europeos, por ejemplo, poseían una numerosa caballería cuyo mantenimiento no costaba divisas, puesto que se mantenía con la agricultura nacional. Ahora, motorizados, tienen necesidad de enormes importaciones de petróleo.

Los Estados siempre han concebido, con mejor o peor fortuna, unas técnicas y unas doctrinas económicas y monetarias destinadas en último análisis a proteger y a aumentar sus tesoros de guerra y su potencial de economía de guerra.

El «bullionismo», el mercantilismo, la autarquía, la estrategia económica moderna del control de divisas, etc., en el fondo no son más que diferentes respuestas que se dan a tales problemas.

II. — Consecuencias económicas de las guerras

Después de la fase virulenta de *consumo acelerado* de las riquezas (comprendiendo bajo esta rúbrica las destrucciones, que no son otra cosa sino una forma particular del consumo), la guerra, cuando llega a su fin, provoca unos desplazamientos de riquezas por el mismo hecho de que divide a los beligerantes en vencedores y vencidos.

También produce modificaciones en las estructuras económicas: modifica las inversiones, favorece el desarrollo de ciertas industrias o de ciertas formas de producción, cambia el reparto de las rentas y la riqueza de los capitales. Por las nuevas cargas que resultan de ella (pensiones, tributos, indemnizaciones, etc.), modifica el carácter del presupuesto y de los gastos públicos. Debido a las cláusulas económicas de los tratados de paz, modifica las exportaciones, el comercio exterior y, por consiguiente, influye sobre las industrias que dependen de él, provocando el desplazamiento de los hombres empleados en estas industrias. Las consecuencias de las guerras pueden modificar profundamente la vida y la estructura económica de las naciones.

III. — Supuestas causas económicas de las guerras

Muy importantes teorías consideran que los factores económicos son la causa primordial de todas las guerras. Algunas de esas teorías llegan incluso a admitir que todas las demás causas que puedan darse son engañosas, o son únicamente sus motivos aparentes.

Sin embargo, la misma palabra «económico», a causa de la extensión de su empleo, es apta para

sembrar la confusión. Esta palabra engloba unos puntos de vista diferentes e, incluso, opuestos; por ejemplo: las guerras de pobreza o las de superabundancia, las de envidia, de avidez imperialista o de verdadera necesidad, los conflictos inicial o posteriormente y total o parcialmente económicos, etcétera. La metodología sugiere que un fenómeno tan vasto pida ser analizado y subdividido.

No se puede negar que cada guerra produce, como hemos visto, cualesquiera que sean sus causas, unas perturbaciones económicas. En una palabra, todas las guerras tienen *efectos* económicos. Pero después de efectuadas. Para poder decir que unos hechos económicos son el *origen* de una guerra, por lo menos por parte del agresor, sería necesario poder afirmar que la causa o, por lo menos, el *móvil* del conflicto, es exclusivamente de orden económico, y que ha sido el único elemento *inicial* y *determinante* a la vez del conflicto.

Pocas guerras responden, creemos, a esta definición. Los ejemplos menos discutibles serían aquellos de las tribus primitivas, que sufren una economía sin ninguna elasticidad, y que atacan, igual que algunas hormigas, a sus vecinas para apoderarse de sus reservas alimenticias. Estas son las únicas guerras integralmente económicas. Pero tan pronto como se trata de civilizaciones complejas, las guerras se convierten en «politélicas» tanto en sus objetivos como en su significación. En las necesidades y en las actividades de las sociedades culturales y técnicas también existen unas posibilidades de elasticidad de los niveles de vida, y compensaciones y transposiciones muy amplias[1]. La

[1] La «ley de sustitución» nos parece expresar el fenómeno más dinámico de la economía política.

necesidad económica no es nunca inmediata, ni tan sólo vital. ¿Podemos decir de una de las raras guerras que han tenido un motivo económico confesado —la «Guerra del Opio», entre Gran Bretaña y China—, que se trataba de una necesidad vital y apremiante? Más bien puede decirse que se trataba de una guerra de lujo, destinada a procurar un enriquecimiento suplementario a la economía británica.

Pero, sobre todo, ¿a partir de qué momento se puede decir que la guerra es inevitablemente impuesta por unas necesidades económicas?; ¿no es más prudente o más oportuno renunciar a un enriquecimiento, o aceptar restringir su tren de vida, que no admitir los riesgos y albures de una agresión? Esta pregunta se plantea tanto a los Estados como a los individuos. ¿Es que hay un nivel por debajo del cual un Estado no puede restringirse, una necesidad vital absoluta, una frugalidad insoportable? Si se profundiza su motivación, la mayor parte de las guerras económicas acaban convirtiéndose en guerras psicológicas. La embriaguez del poder es mayor que la de la riqueza. Y aquel que tiene el poder, ¿no tiene ventaja sobre las riquezas de los demás? «Con mi hierro —decía un jefe bárbaro— iré a apoderarme de vuestro oro.»

Se ha sostenido con frecuencia, por ejemplo, que Alemania se había visto obligada a la guerra de 1914 como consecuencia de la competencia económica demasiado costosa que había sostenido contra las otras grandes potencias industriales y exportadoras, y que estaba al borde de la quiebra como resultado de unas inversiones demasiado vastas, así como por haber hecho uso de un crédito excesivo. Pero no hay nada menos cierto, ya que Alemania hubiera podido poner «a flote» a sus

industriales y a sus comerciantes dedicándoles una parte mínima de lo que le costaron sus armamentos previos, terrestres y marítimos al principio, y la guerra de 1914-18 más tarde. Alemania hubiera podido disfrutar de una prosperidad infinitamente superior entre 1930 y 1939 haciendo inversiones en obras productivas con solamente una pequeña parte de los recursos y de la energía que había usado armándose, al principio clandestinamente y abiertamente después. Finalmente, para ciertas guerras, y no precisamente las menos importantes, como la de 1870, resulta completamente imposible, incluso al espíritu más previsor, poder encontrar la menor causa económica.

¿Guerras de miseria, o de superabundancia? — Sea como sea, las formas de desequilibrios económicos susceptibles de incitar a la violencia no pueden ser más que de dos clases: *miseria* o bien *superabundancia*.

La penuria da impulsos guerreros a las sociedades primitivas que ignoran el comercio y la industria. Los historiadores invocan con frecuencia el resecamiento de las planicies del Asia central, que obligó a las tribus mogoles a invadir los territorios de su alrededor, provocando verdaderos remolinos y llegando, progresivamente, muy lejos, como consecuencia de migraciones forzadas o de ataques guerreros. Este es el caso, también, de las tribus nómadas del Sahara y de Arabia. Pero, incluso entre los primitivos, se trata de situaciones excepcionales. Estos, no menos a menudo, van a la guerra para procurarse esclavos, para llevarse a las mujeres, para vengar ofensas, por tradición de hostilidad hacia un determinado vecino o, sencillamente, por deporte. Cuando se trata de sociedades complejas, la penuria es, como hemos visto, más

difícil todavía de admitir como motivo de causas de guerra. El caso de Alemania, tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, demuestra que la miseria y el hambre no vinieron sino *después*. Y fue precisamente en los momentos en los que Alemania tuvo que sufrir estas calamidades, cuando se hizo sinceramente pacífica.

La experiencia histórica demuestra que en el seno de la abundancia los Estados se muestran más pendencieros. Y esto es comprensible si se medita que *la guerra únicamente puede prepararse con excedentes*. Se puede decir que cuando Alemania atacó en 1939, era el más rico de los Estados de Europa, pues disponía de recursos en abastecimientos de todas clases, así como de armamentos; es decir, disponía de riquezas reales, de productos existentes, superiores, momentáneamente por lo menos, a las de todas las demás naciones.

El ejemplo de las *guerras coloniales* es más impresionante todavía. Estas guerras las hacen siempre los más ricos a los más pobres. Los Estados europeos, entonces en el apogeo de su riqueza y de su estabilidad, atacaron a las naciones orientales, caídas en una profunda decadencia, y a África, todavía bárbara. Igual que Roma, en el colmo de su riqueza, conquistó las Galias, Renania y Dacia.

Las guerras de exportación o de mercados son, igualmente, guerras de superabundancia, pues presuponen que una nación dispone de un exceso de producción para el cual busca compradores en el extranjero[2].

2 La guerra de 1914 ha sido interpretada por muchos economistas, desde el punto de vista de Alemania, a la vez como una guerra de exportación, es decir, como una guerra de superabundancia (su producción industrial era, entonces, enorme) y como una guerra de penuria, cuya finalidad confesada era procurarse productos alimenticios y materias primas que le hacían falta. La influencia de la economía sobre la guerra es ambivalente, por no decir contradictoria.

«La violencia no es únicamente un acto de voluntad, sino que exige, para poder ser ejercida, unas condiciones previas muy concretas, es decir, unos instrumentos...», dice F. Engels. Pero, inversamente, nosotros diremos que la presencia de las armas no es suficiente si no se tiene el deseo de servirse de ellas. Más aún, si este impulso bélico no existiese, los hombres emplearían sus potencias productoras fabricando frigoríficos antes que tanques, aviones de turismo antes que bombarderos. Si existe una reciprocidad de influencia entre la técnica y la violencia, es más bien *la técnica que nos parece estar al servicio de la violencia. El impulso bélico empuja, en primer lugar, a producir unas armas y, en segundo lugar, a servirse de ellas.*

IV. — Guerras y coyunturas económicas

A partir del siglo XVIII nacen las crisis económicas periódicas. El lugar cada vez más notable que ha ido tomando la constitución de nuevos medios de producción ha hecho que el ahorro creciente se invirtiera primordialmente en maquinaria y en construcciones. Por desgracia, las industrias de guerra son, *grosso modo,* las mismas que las de los bienes de producción, principalmente la metalurgia y, en gran medida, las construcciones (vías de comunicación estratégicas, puertos de guerra, fortificaciones, cuarteles, etc.). Esto permite comprender cómo la guerra, o simplemente su amenaza, actúa sobre las coyunturas económicas. Se pueden distinguir tres aspectos: una coyuntura preguerrera, una coyuntura de guerra y una coyuntura de reparación.

El mejor ejemplo de coyuntura preguerrera es el de la economía alemana de 1933 a 1940. Se carac-

teriza por el ahorro obligatorio, la constitución de *stocks* y la inflación de los pedidos a las industrias metalúrgicas y químicas. Resulta de ello una gran prosperidad: la oferta de trabajo es superabundante, los salarios son elevados, las industrias trabajan a pleno rendimiento, se estimula el espíritu de invención, todo se renueva y la euforia está en su apogeo. Todo esto es lo que ha hecho decir que «Alemania nunca se siente tan plenamente feliz como cuando está gestando una guerra».

La coyuntura de guerra propiamente dicha, se caracteriza por el rápido consumo de los bienes acumulados. Las industrias y los productores continúan trabajando al máximo de su capacidad. Por su parte, los neutrales se ven obligados, también, a forzar su producción con objeto de abastecer a los beligerantes.

Finalmente, después de las hostilidades, la coyuntura de reparación se encuentra frente a una estructura económica profundamente modificada. Durante el período bélico, el suministro del sector que fabrica precisamente los bienes de producción crece prodigiosamente. Este sector encuentra durante cierto tiempo una salida ampliamente suficiente en la reconstrucción de los deterioros de la guerra. Pero una vez que la reconstrucción ha terminado, se encuentra frente a la amenaza del paro forzoso y la falta de salida de la mercancía. Entonces aparece la crisis. Y se presenta el caso forzoso de la elección: o ha de dejarse enmohecer una parte del potencial industrial, o bien hay que hallar alguna solución atrevida. Hasta ahora se ha vuelto a caer, incansablemente, en los programas de armamento, salida insaciable de las metalurgias superabundantes.

Las guerras también producen siempre una alza

de precios y un aumento del consumo. Por consiguiente, se presentan a la inversa de las crisis económicas. Las guerras absorben las existencias excedentes de productos y de hombres, es decir, que absorben también el paro forzoso. Las necesidades de hombres y las pérdidas crean una demanda de mano de obra, de la cual resulta una alza general de los salarios y, sobre todo, un aumento del número de empleos. Bajo una u otra forma, la guerra crea siempre enormes salidas para los hombres.

En Francia, por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, el racionamiento obligatorio, el control de los precios, el control de la producción, de las organizaciones corporativas y de la policía, tuvieron por efecto aumentar el número de funcionarios de setecientos mil, aproximadamente, que existían en 1939, a cerca de dos millones en 1946. La guerra acelera, pues, el proceso característico de la economía moderna, la inflación de lo que Colin Clark y Fourastié llaman el sector terciario, o sea, el de los empleos administrativos y técnicos. En una palabra, la economía dirigida de guerra ha creado, por su lado, una movilización administrativa paralela a la movilización militar, pero mucho más duradera, tanto más porque se trataba de una movilización sin pérdidas. Es innegable que este efecto económico de las guerras provoca un recrudecimiento del espíritu bélico cada vez que en países industriales se instala un marasmo económico tenaz.

Marx opinaba que el capitalismo, a medida que la concentración de las empresas se iba acrecentando, se vería sacudido por unas crisis cada vez más violentas, que obligarían a la guerra y que acabarían por alcanzar su destrucción total. La manera con que se desarrolló la crisis de 1930, a

partir de la cual el clima de guerra se instaló definitivamente en el mundo, coincide con este punto de vista. Pero hay que tener en cuenta que Marx conoció únicamente un mundo económico en el cual reinaba la moneda metálica. De lo que resultaba una inelasticidad muy grande de los mercados y de las financiaciones. Las técnicas monetarias actuales, tal como lo ha visto Keynes, pueden cambiar la faz del problema, especialmente en lo que se refiere al paro forzoso.

Además, las crisis económicas son un hecho relativamente nuevo. Las crisis económicas nacieron hace escasamente dos siglos, lo que representa muy poco con relación a la guerra, que es tan vieja como el hombre. Al principio, las crisis solamente afectaban a los países industrializados, es decir, a Gran Bretaña y a algunos países de Europa occidental.

Finalmente, no se puede sostener seriamente la teoría de que las crisis económicas llaman siempre a la guerra. Las crisis más terribles —se producían en un mundo sorprendido por su novedad, que ignoraba su naturaleza y, por lo tanto, su remedio—, es decir, las de la primera mitad del siglo XIX, no provocaron ninguna guerra. Ese período, por el contrario, fue uno de los más pacíficos de la historia europea; aquel en el cual pensadores como Auguste Comte y Herbert Spencer creyeron, fundándose en el ambiente y la historia de su época, que el industrialismo, por su sola virtud, haría retroceder, e incluso desaparecer, la guerra.

Capítulo IV

ASPECTOS DEMOGRÁFICOS DE LAS GUERRAS

I. — Efectos demográficos de las guerras

Cada guerra presenta múltiples aspectos, pero hay uno que constituye un residuo irreductible porque se le encuentra en toda guerra, hasta el punto de que podría verse en él la esencia misma del fenómeno: es el *homicidio colectivo, organizado, finalizado,* pues no hay guerra sin homicidio. Todas las guerras tienen, por consiguiente, unos efectos demográficos, aunque sólo fuese porque aumentan, anormalmente, la mortalidad.

Las únicas enseñanzas ciertas que pueden sacarse del estudio objetivo de los efectos demográficos de las guerras son los siguientes:

1. El aumento de la mortandad es una característica demográfica constante y general de la guerra. Pero este aumento es extremadamente variable según los casos e incluso según las fases de un mismo conflicto. Es igualmente variable según el *resultado del conflicto,* pues la naturaleza, los porcentajes y el reparto de las pérdidas no son los mismos para el vencedor que para el vencido. En general, el vencedor solamente perdía soldados, es decir, hombres jóvenes. En cambio, en el lado del vencido, invadido, ocupado, devastado o sistemáticamente destruido, las víctimas eran, al mismo

tiempo, mucho más numerosas y variadas. Pero toda guerra supone un vencido o, por lo menos, un invadido. Estas son unas realidades sociológicas que hay que tener en cuenta.

2. La guerra puede ser clasificada entre las instituciones destructoras voluntarias. Llamamos así a todas aquellas que tienden a impedir los nacimientos o bien a disminuir el número de los vivos. Estas *instituciones destructoras conscientes* no han de confundirse con las causas inconscientes o involuntarias de mortandad, como pueden ser el hambre o las epidemias. Las primeras son instituciones en el sentido sociológico de la palabra, y correlativas a las estructuras sociales, a las mentalidades y a los actos que dictan. Sin duda, en el curso de un conflicto se desencadenan hambres y epidemias, pero entonces forman parte de sus episodios o de sus consecuencias. Son efectos secundarios, repercusiones o secuelas[1].

3. En todas las guerras las pérdidas directas consisten, esencialmente, en la muerte de *hombres jóvenes*. Cuando se da el caso de combatientes de diferentes edades, la costumbre es exponer a los más jóvenes a los mayores peligros. Se trata de una tradición militar muy generalizada y muy antigua. En la organización militar moderna son las tropas del ejército en activo —por lo tanto los más jóvenes— los que soportan los primeros choques. Esas tropas fueron diezmadas en los primeros meses de 1914. En todas partes las tropas de asalto, los cazadores, los comandos, los batidores, los paracaidistas y, antiguamente, los regimientos de caballería, cuyas cargas eran tan mortíferas, se com-

[1] Ver los trabajos de M. L. Hersch sobre los efectos demográficos de la guerra de 1914-18.

ponen de soldados jóvenes. El orden de batalla de los ejércitos romanos comprendía tres líneas sucesivas por orden de edad: los más jóvenes delante. Finalmente, cuando después de una victoria aplastante el vencedor se ensaña destruyendo al vencido, la eliminación recae principalmente sobre los hombres jóvenes. Los pueblos primitivos, en este caso, eliminan a los hombres y se apropian las mujeres. Si deciden perdonar a los muchachos, es con muchas precauciones, destinadas a cambiar su mentalidad; así ocurría con los niños griegos, a los que los turcos convertían en jenízaros.

II. — Función demográfica de las guerras

En biología, una función es una operación que se repite regularmente en todos los organismos de una misma especie. Durkheim, en un principio, considera la función como un sistema de movimientos vitales, abstracción hecha de sus consecuencias (ejemplo: función *de* digestión); después, como la «relación de correspondencia que existe entre estos movimientos y algunas necesidades del organismo» (ejemplo: función *de la* digestión). La palabra no podría aplicarse, así, más que a los organismos. Para que la noción de función sea completa, es necesario hacer intervenir la repetición del acto por el cual se manifiesta. Pero en los organismos complejos, especialmente en las sociedades diferenciadas, la repetición no es siempre rigurosamente idéntica. Además, da paso a la innovación y a la invención.

Completada de esta forma, la noción de función se aplica tanto a una institución como a un órgano. Pero la guerra es, innegablemente, una institución

social, pues aunque podemos sorprendernos dolorosamente cada vez que un conflicto estalla, ello no impide que la guerra sea una institución social estable que encontramos por todas partes en donde unos grupos humanos organizados se encuentran en contacto.

En consecuencia, la guerra es una de las formas principales de las relaciones entre sociedades. Es una evidencia, cruel si se quiere, pero que no se puede negar. Se practica por unos órganos sociales diferenciados. Es un fenómeno propenso a la reincidencia, periódica o, por lo menos, periodomorfa, pero, a pesar de todo, fértil en innovaciones. Se puede, pues, presumir legítimamente que la guerra ejerce una función, única o plurivalente[2].

Por lo que se refiere al aspecto demográfico de las guerras, ¿cuál podría ser esta función?

Hemos podido ver que la guerra tiene por principal efecto provocar un aumento de la mortalidad y, muchas veces, un descenso, por lo menos momentáneo, de la natalidad. Nos encontramos, por lo tanto, en presencia de una carencia, de un *déficit demográfico*. Nos parece que es el índice cierto de una función de *destrucción y de gasto*, o de consumo acelerado.

«Hay vida —dice Bergson— cada vez que existe un sistema de cuerpos susceptibles de acumular energía de una fuente, como el sol, y luego restituir esta energía de manera casi explosiva.» *Acumulación lenta seguida de descarga brusca:* tal es el carácter de nuestra fisiología animal; ni los latidos del corazón, ni la digestión, ni el nacimiento o la muerte, son operaciones continuas. Análogos pro-

[2] Respecto a la periodicidad de los fenómenos biológicos y sociales, ver Kostitzin, *Biologie Mathématique* y, del autor, *Traité de Sociologie*, págs. 321 y sigs., Payot, 1935.

cesos se encuentran en nuestra vida psicológica, especialmente en la *invención*. Por analogía, todo ocurre como si la guerra fuese una función social recurrente, caracterizada por *la acumulación de un capital humano en una sociedad, una parte del cual, en un momento dado, es expulsado brutalmente.*

Hemos propuesto llamar *estructura explosiva* a la estructura demoeconómica de un grupo determinado, en el cual *un amplio excedente, una plétora de hombres jóvenes, sobrepasan las tareas indispensables de la economía.* Esta situación predispone a la impulsión bélica, pues tiende a liquidarse en una expansión brusca, de carácter a la vez espasmódico y gregario, cuyos dos tipos clásicos son *la migración en grupo y la expedición guerrera.* Pues la guerra no es, en definitiva, más que una *migración armada y organizada*, en el país del enemigo o bien más allá. En todos los casos ocasiona, cualquiera que sea su resultado, un paro más o menos largo en el crecimiento de la población. La curva ascendente se desvía o se quiebra. Y hemos propuesto llamar *relajación demográfica* a la eliminación y a la disminución brusca del crecimiento que sigue infaliblemente a cada guerra[3].

Estructura explosiva. — Uno de los problemas más apasionantes de la sociología es la cuestión de saber si la estructura, la composición y el equilibrio de las sociedades repercuten inconscientemente sobre las disposiciones psicológicas de sus miembros. ¿No les incitan a ciertos impulsos colectivos que se desencadenarán a favor de las circunstancias (que muchas veces ellas mismas habrán creado) y serán luego conscientes a través de unos pretextos y unos razonamientos justificativos? Pero, a pesar

[3] Ver *Cent millions de morts*, págs. 47 y sigs.

de todo, de buena fe, ya que son inconscientes de su carácter engañoso.

Los jóvenes disponibles y sin empleo están predispuestos a la turbulencia. Constituyen una fuerza perturbadora. Según los puntos de menor resistencia que se le ofrecen, según la coyuntura histórica, los sistemas ideológicos, las posibilidades políticas y técnicas, sus apetitos y su turbulencia irán canalizándose hacia una guerra civil, una cruzada ideológica, una emigración o una guerra extranjera. Todo consiste en saberlos utilizar. Ello explica que los gobiernos belicosos e imperialistas inciten a una verdadera *inflación demográfica.* Mediante ventajas económicas o con toda clase de penalizaciones, hacen que se multipliquen los hijos del miedo y del subsidio familiar. Además, nos encontramos frente a un trágico círculo vicioso, contra el cual se han estrellado todas las buenas voluntades: el miedo a la guerra y la preocupación de la defensa contra la agresión, incitan a formar futuros soldados. Pero esta misma multiplicación intranquiliza a los vecinos del exterior y provoca los impulsos bélicos en el interior.

Tomemos un ejemplo: en el momento de la Revolución, Francia estaba superpoblada. Lo estaba en cifras absolutas en relación a las técnicas agrícolas e industriales de aquel tiempo[4], y también en relación con la población del resto de Europa. Los niños del período más prolífico de su historia, llegaban en aquel momento a la edad adulta. Este excedente se lanzó con la misma convicción, primeramente, en la Revolución idealista de los comienzos; después, en las guerras civiles y el Terror, en la cruzada republicana del Directorio y, final-

[4] Latinier, G., en la revista *Population,* enero de 1946.

mente, en una guerra dinástica de tipo medieval con unos paladines, unos patrimonios, unos mariscales y un Imperio. Después, todo vuelve a la calma, pero después de un total de un millón setecientos mil adultos muertos, es decir, una relajación que alcanza el 16 % aproximadamente del total de la población masculina.

En general, se demuestra que los largos períodos de guerras destructoras suceden a períodos de expansión demográfica. En Francia, por ejemplo, la guerra de los Cien Años sucede al apogeo de la población de principios del siglo XIV. Las guerras de los Treinta Años y de Religión suceden al máximo alcanzado nuevamente en el siglo XVI. A fines del siglo XVIII, cuando la revolución demográfica se acentúa con la vacunación, llegan las guerras de la Revolución y del Imperio. De este modo, la experiencia histórica demuestra que ninguna gran guerra es concebible fuera del clima particular que crea la superpoblación. Una gran guerra no puede existir sin una infraestructura demográfica adecuada[5].

Por consiguiente, la guerra no parece ser un hecho primitivo, sino más bien un fenómeno que se añade a otro fatalmente, o sea, *un epifenómeno, o una manifestación febril de desequilibrios sociales, principalmente demográficos.* Este estado constituye una de las reacciones características de la psicología social, a la que hemos llamado *impulso belicoso colectivo.*

Estas fluctuaciones explican cómo unas antiguas querellas o rivalidades entre naciones vecinas pueden permanecer durante largo tiempo apaciguadas,

5 Levasseur, E., *La population française*, vol. I, cap. I.

y se despiertan de pronto en ciertos momentos de la historia haciéndose insoportables.

Para la polemología, toda guerra supone un agresor: aquel en quien este impulso bélico es más fuerte, aquel que desea más vivamente el conflicto o que se deja, incluso inconscientemente, arrastrar gustosamente hacia él. Los impulsos colectivos más profundos son, frecuentemente, aquellos que se disimulan mejor, pues llegan a obnubilar intensamente nuestra conciencia, así como a ahogar nuestro espíritu crítico.

Pero, como todos los fenómenos sociales, las repercusiones psicológicas de las variaciones de la estructura demográfica presentan una gran plasticidad. No solamente el *tiempo de reacción* varía, sino que la misma reacción puede ser *desviada* hacia otras finalidades. Ahí reside, para la humanidad, la esperanza de una curación o de una mejora de su suerte. *Pues si no puede suprimirse una función vital, por lo menos se la puede desviar* y, algunas veces, encontrarle un sustituto.

En una palabra, los agravios que provocan los conflictos han existido siempre. La cuestión está en saber por qué el estallido se produjo en cierto momento y no en otro. Y este momento nos parece que está, sobre todo, determinado por la estructura demográfica. Cuando una nación acaba de sufrir una guerra, las peores provocaciones la dejan indiferente. La *guerra preventiva,* que gran número de historiadores han recomendado a los hombres de Estado previsores, es, por esta misma razón, impracticable cuando no coincide con una estructura demográfica apropiada. Como ocurrió con las naciones de Europa occidental en el momento de la remilitarización de Renania o cuando el pacto de Munich.

III. — La función primordial de las guerras

Han surgido numerosas hipótesis desde hace tiempo referentes a este tema. Después de Proudhon, Quinton opina que la guerra sirve para «perpetuar la especie por la muerte de los individuos», y que selecciona los mejores y los más robustos. Pero, replican los pacifistas, esto sería una «selección retrógrada», pues la guerra hace perecer, en general, a los hombres más vigorosos y más jóvenes. Además, si en el reino animal son, las más de las veces, especies diferentes las que se entredevoran, la guerra se hace entre hombres exclusivamente y no tiene nada que ver con la perpetuación de la especie.

Si se quiere que la guerra desempeñe una función biológica cualquiera, es menester buscarla en un lugar que no sea la selección. Y esta función solamente podría ser *la destrucción misma*. Esta función de destrucción es más estable y duradera en el terreno demográfico que en el económico, puesto que los gastos de una guerra se pueden recuperar rápidamente con el botín del vencedor. Pero los muertos, muertos quedan. Será necesario el espacio de toda una generación, por lo menos, para sustituirlos. Es la duración mínima de la relajación demográfica.

Esta función biológica que desempeñan todas las guerras parece ser la principal. Todas las demás funciones que la guerra puede desempeñar están sujetas a eclipses. La demográfica es la única absolutamente constante, y que presenta una correlación al 100 %. No hay ningún conflicto armado que no provoque destrucciones humanas. Por consiguiente, el primer efecto inmediato de cada guerra es el que produce sobre las estructuras demográ-

ficas. Extirpa del grupo (tribu, ciudad, nación, imperio, etc.) cierto número de hombres, a la vez por alejamiento y por destrucción. La guerra es una migración armada.

La adaptación de la población a sí misma y al medio, a la vez geográfico, económico y político, no se opera según un movimiento continuo. Como todos los fenómenos biológicos, es espasmódica y está representada por unas curvas recurrentes, del tipo estudiado por la biología matemática (ver los trabajos de Lotka, Volterra, Kostitzin, etc.). La guerra es uno de los más brutales de estos fenómenos adaptativos. Pero no es el único. Existen otras instituciones propiamente dichas, con carácter destructor, por las cuales se realizan efectos de frenado y de relajación demográfica análogos.

IV. — Las instituciones destructoras

En todas las sociedades, al lado de la mortalidad debida a causas naturales es menester dar un lugar a una *mortalidad institucional*, es decir, a una mortalidad provocada, que consiste en la destrucción por muerte violenta o bien en la acción de tales condiciones de vida impuestas a ciertas categorías de miembros del grupo, que su existencia resulta grandemente abreviada. Citemos:

a) *El infanticidio directo.* — «No matéis a vuestros hijos por temor a la pobreza —dice el Corán—, os daremos alimentos para vosotros y para ellos.» Pero en la Arabia anteislámica, el profeta Mahoma tuvo mucho trabajo para suprimir la mortalidad provocada de las niñas. En otras sociedades primitivas los recién nacidos varones son sacrificados fácilmente. En las civilizaciones europeas de la

antigüedad, el infanticidio era una institución estable y reconocida por las leyes como un derecho sagrado del padre de familia. En cuanto a la exposición de los recién nacidos, fue necesario el cristianismo para que esta práctica cesase de ser reconocida o tolerada. Recordemos el lugar que ocupan los recién nacidos expósitos en los relatos y las leyendas: Moisés, Rómulo, Ciro, Edipo, etc., eran expósitos.

b) *El infanticidio indirecto.* — La negligencia de que son objeto los recién nacidos del sexo femenino se traduce fatalmente por una enorme mortalidad en gran número de sociedades arcaicas, como China o ciertas sociedades orientales. Las brutalidades, los malos tratos, la ausencia de cuidados, son formas de infanticidio indirecto, que se agravan fatalmente con la pobreza y la superpoblación. También la ausencia de legislación protectora de la infancia en los primeros tiempos de la gran industrialización, cuando podía verse a niños de siete años trabajando en las minas. Del mismo modo, el derecho de propiedad del padre sobre su progenitura, reconocido por el Derecho romano, y que ha permanecido vigente hasta nuestros días en una gran parte de la humanidad. La trata de negros era fomentada, en gran parte, por los padres que vendían a sus hijos.

Otra forma de infanticidio indirecto: las pruebas de iniciación con las cuales se acompaña ordinariamente, en las civilizaciones primitivas, el paso de la condición infantil a la condición de adolescente (períodos de ayuno, tatuajes, apaleamientos, flagelaciones, etc.). Se encuentran supervivencias de estas pruebas de iniciación en las novatadas y, en general, en todas las instituciones que el sociólogo Ammon llama *instituciones selectivas:* exámenes,

concursos, oposiciones, servicio militar, y que dan por resultado, indirectamente, gastar, cansar, desanimar y, muchas veces, destruir o disminuir físicamente un gran número de jóvenes, sobre todo chicos. Por último, cuando se producen crisis —hambre o epidemias, etc.—, por regla general los jóvenes son quienes más sufren.

c) *Las mutilaciones sexuales* han tenido un papel muy importante a través de la historia. En el siglo XVIII, Tavernier dijo que solamente en un año se hicieron veintidós mil eunucos en el reino de Golconda. Y hay que tener en cuenta que este reino era únicamente una provincia del imperio de los Grandes Mogoles. La castración solía ir acompañada de la esclavitud y del rapto del niño. En gran número de pueblos la castración tenía un carácter simbólico: unas pinturas egipcias nos muestran a unos escribas enumerando los trofeos de este género traídos por los soldados vencedores.

Este no es lugar para exponer con detalle las diferentes explicaciones que se han querido dar de esta costumbre. Es probable que no exista para esta materia una explicación general válida para todos los casos, pero que, según las épocas y las sociedades, la práctica de la castración era provocada por creencias e instituciones bien definidas, de las cuales era la aplicación lógica. Pero, desde el punto de vista demográfico, estas explicaciones podrían ser consideradas solamente como epifenómenos. Cualquiera que sea el motivo de la castración, el resultado es el mismo: cierto número de jóvenes se ven privados de la obra de procreación. Cuando este número es importante, repercute fatalmente, de una manera o de otra, en la natalidad.

d) *El monacato,* que, sin mutilación, produce no obstante el mismo resultado retardador del creci-

miento de la población. Tiene un papel muy desigual según el lugar y la época. Muchas veces alcanza un desarrollo muy considerable, como en ciertos períodos de la Edad Media y en la España del siglo XVI. En Francia, en vísperas de la Revolución, se calculaba el número de clérigos en doscientos mil. Pero el gran período del monacato había ya pasado desde hacía mucho tiempo.

En lo concerniente a España, por ejemplo, el apogeo del monacato coincide con el período más intenso de la emigración, cuando la población de la península poblaba América. El monacato, excepcionalmente desarrollado como en el Tibet, parece formar parte de las reacciones inconscientes dictadas por el equilibrio demoeconómico[6].

e) *La esclavitud.* — Desde el punto de vista demográfico, la esclavitud se caracteriza por una muy débil fecundidad y por una enorme mortalidad. Las escasas estadísticas recientes que poseíamos sobre la mortalidad de los esclavos en las Antillas a principios del siglo XIX, indican que alcanzaba el quíntuple del porcentaje de la de la población negra libre. Y, sin embargo, se trata de una época en la cual las restricciones de la trata habían aumentado considerablemente el precio de los esclavos y, por consiguiente, habían mejorado sus condiciones de vida. En nuestros días, el trabajo forzado juega el mismo papel destructor, con la circunstancia agravante de que el trabajador forzado, al no costar nada, no puede esperar ningún miramiento.

Ciertas condiciones de trabajo, como por ejemplo los porteadores, pueden compararse con la esclavitud. En China, incluso el cometido que debieran

[6] Bell, C., *Portrait of the Dalai-Lama*, Londres, 1946.

efectuar los albañales lo llevan a cabo los culi (como había a millares en las ciudades chinas) cuya esperanza de vida no sobrepasaba los veinticinco años.

Hay que destacar que el imperio chino, lo mismo que el imperio romano, cuando alcanzaron los límites de su expansión, y que durante siglos pudieron gozar de una seguridad inatacable, se entregaron, ambos, a una inmensa hecatombe de mano de obra servil. Parece ser que esta sustituyó, entonces, las pérdidas militares de las épocas de lucha y de peligro.

f) *El derecho represivo* recae siempre más duramente sobre los hombres jóvenes. El hecho de que los impulsos son siempre más violentos en los jóvenes, los incita a la criminalidad, a la holgazanería, etc., y los señala para la represión.

El «Ancien Régime» en Europa y, de una manera general, los regímenes de países arcaicos como China, destacan también por el uso extremadamente frecuente de la pena capital. Los robos, por insignificantes que sean, están sancionados por la horca o por otros suplicios. Las cárceles eran, en todas partes y hasta el siglo XIX, unos verdaderos lugares de tortura, en donde los detenidos se veían diezmados por el hambre y las epidemias.



Pero, de todas estas instituciones destructoras, la más eficiente es, evidentemente, la guerra, pues realiza al por mayor aquello que las otras hacen al por menor.

De todos modos, la *pirámide de las edades* ofrece el más seguro criterio para juzgar la agresividad de un Estado o bien la intensidad con la cual está

obligado a recurrir a las otras instituciones destructoras.

Finalmente, la *emigración,* aunque no sea una verdadera institución destructora, tiene, sin embargo, el mismo papel. Se calculan en cuarenta millones el número de europeos que abandonaron el viejo continente entre los años 1800 y 1914. Este éxodo de hombres jóvenes explica por qué el siglo XIX haya sido relativamente el más pacífico de todos. Por su lado, la deportación es una emigración forzada: en ciertos momentos juega un gran papel en la historia demográfica; por ejemplo, en el caso de Siberia y de Australia. Respecto a las pérdidas de guerra, son el equivalente de una emigración al más allá.

El infanticidio diferido. — Todo sucede como si existiese una relación de equilibrio y de compensación entre: por una parte, el conjunto de instituciones destructoras y, por otra, el papel demográfico de la guerra; cuando la mortalidad infantil, el hambre, la miseria, etc., motivan relativamente menos víctimas, las guerras, por regla general, causan muchas más. Esta tendencia a la existencia de una relación inversa se encuentra ilustrada, sobre todo, por la historia de los dos últimos siglos.

Con la vacuna de Jenner y los primeros progresos de la medicina empieza el rápido aumento de la población europea: la raza blanca se ha cuadruplicado desde el año 1800, mientras que las otras razas solamente se han duplicado. Y por una coincidencia impresionante, resulta que es entonces cuando tienen lugar las grandes matanzas entre blancos: guerras de la Revolución y del Imperio, guerra de Secesión, guerras civiles rusa y española y la Primera y Segunda Guerra Mundial.

Actualmente, parece ser que el crecimiento se está haciendo mucho más rápido en Asia. Nos parecería probable, pues, que las poblaciones y los Estados de ese continente se puedan mostrar, a su vez, los más bélicos. A menos que, habiéndose liberado de las dominaciones y de las influencias europeas, no prefieran volver a sus instituciones destructoras tradicionales. Esto es lo que el futuro nos demostrará.

Ya que la superpoblación o los desequilibrios demoeconómicos no empujan fatalmente a la guerra. *Tienden, simplemente, a poner en juego unas instituciones destructoras, de las cuales la guerra es únicamente un caso particular*. Hasta ahora, y a través de la historia, se ve predominar alternativamente, y según las civilizaciones, los países y las épocas, dos tendencias principales: la primera consiste en agravar a sabiendas la mortalidad infantil por el infanticidio o la negligencia. La segunda consiste en proteger y mimar a los niños, pero a dirigirlos, más tarde, hacia la guerra, verdadero *infanticidio diferido*.

Capítulo V

CARACTERÍSTICAS ETNOLÓGICAS DE LA GUERRA

I. — La guerra y la fiesta

La «fiesta» tiene un papel primordial en la vida de todos los grupos. Durkheim ha demostrado que, desde el punto de vista sociológico, la fiesta tiene como finalidad estrechar la solidaridad del grupo y renovar periódicamente los contactos, la cohesión y la unanimidad entre sus miembros.

En todos los tipos de civilización, la fiesta presenta cierto número de caracteres constantes:

a) La fiesta implica siempre la *reunión material* de los miembros del grupo, tanto si se trata de un «corrobori» australiano, de una ceremonia de iniciación de los pieles rojas del Mississippi, de un «tam-tam» africano, de los Juegos Olímpicos, de los misterios de Eleusis, de una «kermesse» de Flandes o del Carnaval.

b) La fiesta es un *rito de desembolso o de derroche.* El grupo consume y, muchas veces, destruye en el paroxismo de la alegría o del furor, pero siempre dentro de una exaltación (libaciones, festines, comilonas), de los bienes que han sido primeramente acumulados. La fiesta es también una ocasión de esplendideces: intercambios y regalos se multiplican. Muchas veces se acompañan de un mercado o de una feria, y es una ocasión para renovarse el vestuario y los adornos, intercambiarse regalos, así como invitarse a diversiones y a juegos.

Se encuentra siempre la *destrucción ostentatoria* unida, en algún punto, a la guerra[1]. Los pueblos están orgullosos de

[1] Los dones, las destrucciones ostentatorias y los sacrificios, recuerdan y pueden compararse al *potlach* de los pueblos primitivos. Ver Bataille, G., *La part maudite,* págs. 92 y sigs., París, 1949.

sus pérdidas. Los ritos del triunfo siempre suponen, en los pueblos más diversos, alguna destrucción simbólica. El incendio de Persépolis posiblemente fue un acto místico, un sacrificio más, hecho por Alejandro al Dios de la Victoria. Y en Roma, únicamente después de la ceremonia del triunfo los jefes enemigos hechos prisioneros eran estrangulados en la prisión Mamertina.

c) La fiesta se acompaña siempre de una subversión de ciertas reglas morales y se levantan ciertos tabúes. Se autorizan, se recomiendan y, muchas veces, se imponen actos que habitualmente están prohibidos. Primitivamente, la mayoría de las grandes fiestas suponían una parte orgiástica en la cual se levantaban las prohibiciones sexuales. En Roma, durante las lupercales, eran los esclavos quienes mandaban a sus amos y, durante el triunfo, los soldados se burlaban groseramente del *imperator.*

d) La fiesta es un rito de exaltación colectiva: danzas, bebidas y cantos provocan entusiasmos alocados, alegrías desordenadas, acciones desacostumbradas, furores y violencias.

e) La fiesta provoca cierta insensibilización física: los individuos se fatigan y se libran a excesos desacostumbrados, que van hasta hacerles aceptar golpes o mutilaciones. En nuestros días, en las grandes peregrinaciones persas a Kerbela, millares de fieles siguen las procesiones cubiertos de sangre como consecuencia de las heridas que ellos mismos se infligen. En la India, los fieles se hacen atropellar por el Carro del Dios durante la peregrinación de Siva.

f) La fiesta se acompañaba de ritos sacrificantes en los pueblos primitivos y en todas las civilizaciones arcaicas. Sacrificios de animales y, en ciertas civilizaciones, sacrificios humanos. Igualmente, se acompañaban de sacrificios parciales o bien simbólicos, como en las representaciones sagradas en las cuales ciertos actores eran, efectivamente, condenados a muerte, bien en persona, bien sustituidos por esclavos o por condenados.

No hay uno solo de estos caracteres que no se encuentre en la guerra. Puede decirse que la guerra es la fiesta suprema, la gran orgía sagrada en el sentido sociológico de esta palabra. Es la subversión misma, sin ningún miramiento ni consideración, siendo todas las demás formas de fiesta unas pálidas imitaciones.

Examinemos los principales de estos aspectos por los cuales la guerra se asemeja a la fiesta:

Carácter estético de la guerra. — Destaca, primeramente, por los ornamentos del combatiente. Los más bellos adornos que los hombres han creado en todas las civilizaciones, exceptuando los últimos cincuenta años, lo han sido para adornar a los combatientes. Metales preciosos, cimeras, plumas, cascos brillantes, telas de colores vivos, cincelados, incrustaciones de piedras preciosas, etc., son cosa corriente. No hay más que recorrer un museo de armaduras y de trajes militares o bien hojear algún álbum del mismo género para quedar convencido respecto a este punto.

Los pueblos más bélicos de entre los primitivos y las civilizaciones arcaicas han mezclado siempre la guerra y las danzas colectivas. En países de raza negra, cuando se deciden expediciones guerreras, casi siempre están precedidas por danzas. Ocurre lo mismo con los pieles rojas, tanto los de América del Norte como los indios y los polinésicos. La Antigüedad griega practicaba ritualmente las danzas guerreras, especialmente el baile pírrico, que se bailaba con armas en determinadas circunstancias.

A toda esta ostentación hay que añadir la afición a los espectáculos militares, revistas, cortejos, paradas, desfiles con antorchas, etc. Los mismos combates tienen un aspecto estético que los hace semejar a un espectáculo. La batalla es un *ballet* peligroso. Sólo hay que ver, para convencerse de ello, las esculturas o las pinturas representando combates, desde los bajorrelieves asirios o los frisos de los templos griegos, hasta los cuadros de Van der Meulen o del barón Gros.

Carácter distraído de la guerra. — La guerra

arranca al hombre de su vida cotidiana, colocándolo en un ambiente material y psicológico desacostumbrado. La guerra es, ante todo, una *fuente de emociones* incomparable.

Incluso en el mundo moderno la guerra presenta —por lo menos en sus principios— un innegable carácter distraído. Al principio, el individuo movilizado tiene la impresión de que goza de unas verdaderas vacaciones. Se encuentra arrebatado de las mezquindades de la vida de todos los días y de la servidumbre de la vida en familia y del trabajo. No tiene que pensar en sus impuestos ni en el alquiler. En las organizaciones actuales, cualquiera que sea obrero, funcionario o empleado, gracias a un inteligente sistema de seguros familiares y de indemnización de salario, solamente sufre un perjuicio material muy reducido por el hecho de su movilización.

Así, la guerra rompe la monotonía de una sociedad mecanizada. Algunos —entre ellos M. A. Huxley y, sobre todo, M. Lewis Mumford[2]—, son de la opinión de que, por estas razones psicológicas, a medida que nuestra sociedad se irá mecanizando y esté dominada por la técnica, el espíritu de guerra se desarrollará. Durkheim, en su libro sobre el suicidio, y luego Halbwachs, han podido constatar que, en tiempo de guerra, el porcentaje de suicidios de los no combatientes disminuye, por término medio, dos tercios en relación con los tiempos de paz.

Se puede pensar, como consecuencia de lo que ha ocurrido en Alemania, que esta motivación es particularmente poderosa en los países sometidos a un régimen extremadamente autoritario. Este, al

[2] *Culture of Cities*, Nueva York, 1938.

imponer la unanimidad, suprimiendo las luchas políticas, las controversias religiosas, filosóficas y literarias, supeditando a los ciudadanos al trabajo obligatorio y a una triste disciplina policial, pone fin a todo imprevisto y a toda fantasía en la existencia. Conscientemente o no, los ciudadanos ya no esperan más que la guerra, para distraerse verdaderamente, para romper el círculo de la monotonía psicológica e introducir algo imprevisto en sus destinos.

En los pueblos primitivos, la noción de *expedición* y de «razzia» implica, al mismo tiempo, una excursión peligrosa y una partida de caza infinitamente más exaltante que la de los animales, incluso los más feroces.

La guerra y lo sagrado. — La transformación de las mentalidades es el primero y el más impresionante de los efectos creados por el estado de guerra. Las represiones sociales cambian de forma. *Los objetos de lo sagrado y de lo profano se modifican, sus límites sufren un desplazamiento inmediato.* Induce primeramente al homicidio, prohibido por regla general en tiempo de paz, pero de pronto permitido y recomendado por lo que respecta al enemigo. Otras prohibiciones referentes a la protección de la propiedad de los bienes y a la integridad física son levantadas: el pillaje y la apropiación de los bienes del enemigo, bajo diferentes formas, se convierten en lícitas. Igualmente, muchas veces se admite, abierta y tácitamente, el rapto y, sobre todo, la violación.

La *transmutación de los valores,* que deseaba Nietzsche, queda regular e inmediatamente provocada por cada guerra. Toda guerra nos hace penetrar, desde el momento de su declaración, en un *nuevo universo moral.* Es la otra cara de la

alucinación compartida, característica de la vida social en todos sus paroxismos.

El maniqueísmo psicológico. — Si en tiempo de paz la noción de *amigo* y de *enemigo* está matizada, en tiempo de guerra la palabra *enemigo* vuelve a tomar el significado primitivo de *hueste;* la amistad o la enemistad, que en la vida presenta tantas variantes y tantas contradicciones, no reviste ya más que su forma más aguda, o sea, la que lleva a la solución más extrema. Desde aquel momento se debe matar al enemigo, hay que sacrificarse completamente por sus amigos. Ya no hay término medio.

G. Tarde ha analizado, en un plano general, esta situación en su teoría del *duelo lógico.* Hace notar que cuando existen varias tesis o varias tendencias divergentes, esta variedad dura mientras las relaciones son pacíficas. Pero, cuando estallan las hostilidades, ya no existen más que dos campos. El conflicto supone, pues, una extrema simplificación lógica de las oposiciones: las convierte en dilemas.

Cuando, por ejemplo, un grupo hace la guerra por una querella de prestigio, el conflicto no podrá limitarse al punto de fricción originaria. Se extenderá a todos los terrenos y se convertirá a la vez rápidamente en una guerra económica, política, técnica, intelectual, etc. Las actividades y las creencias acaban, así, por polarizarse en torno a algunos temas dualistas. La guerra impone una *mentalidad maniqueísta.*

II. — Ritos de guerra y ritos sacrificantes

Una idea admitida en todas las mentalidades primitivas es que los dioses exigen que, en su

honor, se quite la vida a seres vivientes: es el sacrificio. Pero, ¿cuáles son los vínculos de la guerra con los ritos sacrificantes?

En ciertos casos, por ejemplo entre los aztecas o las poblaciones de Oceanía, la guerra tiene literalmente, como razón de ser, el deseo de procurarse las víctimas reclamadas por sus dioses. En otros casos, como entre los asirios y en la mayoría de las guerras religiosas o ideológicas, la guerra está indirectamente ligada al sacrificio: se parte de la idea de que constituye, por entero, una especie de sacrificio masivo y, por consiguiente, que es agradable a los dioses. Los relatos bíblicos, las inscripciones asirias y ciertos pasajes del Corán son muy explícitos.

Cosa curiosa: mientras que en las religiones modernas el *culto a los muertos* tenía tendencia a atenuarse, se le ve renacer precisamente a propósito de la guerra, constituyendo una de sus secuelas psicológicas. Actualmente se comprueba que, bajo la influencia del nacionalismo, la mayoría de los pueblos tienen tendencia a adoptar unas especies de religiones nacionales centradas en el culto de los combatientes muertos en la guerra extranjera o civil. Cada cual se hace un martirologio. En consecuencia, tal como lo había ya proclamado Nietzsche, el culto de los héroes caídos en combate tiende a sustituir el culto a los santos.

Desde el punto de vista sociológico, habría motivos para buscar si el favor variable de los *ritos de muerte,* y sobre todo de la exhortación a morir violentamente o a matar, no es correlativa a otras variantes. Sobre todo, es probable que la manera de tratar al vencido vaya unida a un conjunto de condiciones demoeconómicas. Por esto se ha podido observar, en general, que los pueblos caza-

dores matan a sus prisioneros porque tienen necesidad de grandes extensiones libres en las cuales la caza pueda reproducirse. Por el contrario, las sociedades de agricultores y artesanos, que practican la división del trabajo y tienen necesidad de considerable mano de obra, suplen las matanzas de los vencidos por la esclavitud o la servidumbre. La eficiencia de la mecanización actual explica la amplitud inigualada de nuestras hecatombes. Hoy ya no existen intereses económicos que se hayan de tener en consideración, puesto que el capital humano es siempre superabundante.

Por último, por lo mismo que la más elevada forma de autoridad es el derecho a dar la muerte, se ve muchas veces medir el valor de una causa por el número de muertes violentas que ha provocado. Se calcula que toda ideología que ha suscitado sacrificios y ha hecho mártires toma un valor en sí misma. Poco importa que todas las causas (estamos obligados, si queremos ser sinceros y objetivos, a hacerlo constar), tanto las mejores como las peores, las más absurdas como las más sensatas, se han demostrado aptas para que se produjeran heroicas abnegaciones. Trotsky, contestando un día a Kautsky, quien reclamaba la libertad de prensa, declaró en un discurso: «Las ideas en nombre de las cuales se vierte sangre son, por este mismo hecho, un absoluto, y no se puede en el mismo momento tratarlas como a unas verdades relativas que puedan confrontar tranquilamente con otras». Este es el tipo exacto del razonamiento *necrolátrico:* los estados de pérdidas son considerados como el criterio por excelencia de la verdad ideológica.

Capítulo VI

LOS RASGOS PSICOLÓGICOS DE LA GUERRA

I. — Impulsos belicosos y agresividad

En ciertos momentos, los grupos humanos se ven transportados, por arrebatos de impulsos belicosos consistentes, tal como hemos visto, en un estado de ánimo colectivo que empuja a la mayoría de los miembros del grupo a desear la guerra o, por lo menos, a aceptar la idea.

Lo propio de las sociedades humanas es que están siempre en espera de la guerra. Pero esto no significa que la deseen en todo momento. Aquel que ayer fue bélico, puede preferir hoy la paz, pero sin querer decir que más tarde vuelva a encontrar su agresividad, momentáneamente calmada.

¿A través de qué constataciones y qué razonamientos se vislumbra en la conciencia de una colectividad la convicción de que una guerra se impone en un momento dado?; ¿cómo y en qué circunstancias nace el deseo de la guerra en los dirigentes y en los pueblos?

Una serie de investigaciones hechas en Estados Unidos puede servir de punto de partida para nuestra indagación: ellas demuestran *las estrechas relaciones que existen entre la agresividad y la frustración.* El sentimiento de frustración nace cuando un obstáculo cualquiera nos impide satisfacer un

deseo o alcanzar un objetivo. Se puede comprobar que la irritación provocada por la frustración, y que se traduce en agresividad, *no siempre se dirige al autor de la frustración.* Por ejemplo, un subordinado vejado por su superior jerárquico, descargará su mal humor en su mujer y sus hijos.

K. Levin y sus alumnos han podido así determinar una verdadera correlación estadística entre las fluctuaciones del precio del algodón y el número de linchamientos. Dicho de otra manera: la frustración económica aumenta la agresividad, la cual se manifiesta contra el elemento más débil. En la vida política la agresividad provoca el descontento para con las clases dirigentes, la Administración o el partido en el poder. Las malas condiciones económicas, el descenso del nivel de vida, el paro forzoso, etc., en los países democráticos se traducen por el triunfo de la oposición. Unas encuestas hechas en el Middle West americano han demostrado que, en los períodos de sequedad, el partido político en el poder, por regla general es derrotado en las elecciones.

Sin embargo, conviene hacer notar que las reacciones contra la frustración pueden revestir, ocasionalmente, una forma que se podría denominar *depresiva.* La resignación sustituye a la agresividad, pero puede observarse entonces una regresión mental en los individuos, que retornan a un modo más primitivo y más inferior de vida intelectual.

Si se considera al individuo aisladamente, no hay duda de que la agresividad va unida al vigor físico: *puer robustus, homo malus.* Entre los animales, comprendiendo también al hombre, los machos jóvenes son particularmente turbulentos y batalladores. No obstante, las cosas toman otro aspecto cuando se examinan las reacciones de agre-

sividad colectiva: tan pronto como nos encontramos en presencia de un grupo, las reacciones de agresividad se vuelven más regulares y parece que participen de un automatismo inconsciente. Lógicamente, se podría deducir que este automatismo es tanto más señalado cuanto más numeroso es el grupo. Y se invoca un fenómeno social que ha sorprendido muy particularmente a los precursores de la sociología: la agresividad de las multitudes (pillaje, linchamientos y explosiones de todas clases, en donde se ve a la multitud, bruscamente enajenada en furor, destrozar, destruir, matar, etc.). Sin embargo, un estudio profundo demuestra que, por naturaleza, las multitudes son más bien pasivas, sumisas y conformistas. Y que cuando se muestran violentas es, por regla general, resultado de un adoctrinamiento previo o de una actitud convencional. Tanto las ceremonias extáticas u orgiásticas, como los «corroboris» o los «tam-tam» primitivos. Sus participantes *saben de antemano* que entrarán en trance.

Lo que caracteriza el impulso belicoso colectivo, por oposición a la agresividad de un individuo o de un pequeño grupo, es, ante todo, su profundidad y su duración. Más que una acción inmediata de violencia, podría decirse que es *un estado de ánimo*. Es el sentimiento de la necesidad de un período de luchas y de destrucciones, una convicción que puede, incluso, no ser más que una simple resignación frente a una calamidad que se considera como inevitable. En cuanto a la noción de frustración, cuando se trata de impulsos bélicos reviste las formas más inesperadas según las creencias del grupo. Toda una nación puede considerarse frustrada porque le falta el Santo Grial o porque quiere ocupar los Santos Lugares. Puede conven-

cerse, igualmente, de que le es del todo insoportable no tener una desembocadura a este o a aquel mar o no poseer pozos de petróleo. Igualmente, puede negarse a tolerar que sus vecinos tengan instituciones o creencias diferentes de las suyas.

Esta variedad de motivos susceptibles de alimentar la agresividad colectiva nos lleva a creer que son solamente pretextos o, más exactamente, *causas ocasionales*. Es la razón por la cual esta motivación nos parece, muchas veces, engañosa. Es una *automixtificación*. Es necesario, pues, investigar si esta agresividad tiene un fundamento infraestructural más sólido y más constante.

Psicoanálisis de los impulsos belicosos. — Algunos —y no sin éxito— han intentado relacionar el impulso belicoso a unos complejos que están en el centro del método psicoanalítico. Y, entre estos complejos, al del fracaso, al de culpabilidad y a los sentimientos de inferioridad bajo todas sus formas.

El *sentimiento del fracaso* muchas veces va unido al *complejo de culpabilidad* física o metafísica. Lleva a personalizar los fracasos, los contratiempos inesperados y las desgracias. Se intenta achacar sobre los demás la responsabilidad de un acontecimiento que nos perjudica y del cual queremos ignorar la verdadera causa. Además, el sentimiento de encontrarse uno mismo en falta predispone a esperar una sanción de la suerte y, por lo mismo, a aceptar oscuramente —e incluso a aspirar— la desgracia. En otros casos, el complejo de culpabilidad tiende a la sublimación: se transforma en heroísmo, el individuo se deshace en abnegaciones para los de su alrededor, para una obra o para su patria, etc. Pero, incluso en este caso, tal heroísmo permanece frecuentemente mezclado a unos elementos turbios que provienen de su mismo origen. El héroe aspira

al sacrificio, pero, para merecer un aumento de castigo, puede propender a nuevos crímenes: «El héroe de guerra, por ejemplo, puede tener el alma ambivalente de una víctima y de un asesino; es un mártir que mata: asume al mismo tiempo, en su subconsciente, el sacrificio y el crimen; este proporciona una justificación más a aquel»[1].

Respecto a los *sentimientos de inferioridad*, pueden tener gran número de orígenes. Han sido admirablemente analizados por Adler y por Olivier Brachfeld. Su principal efecto es que, en la mayoría de los casos, provocan el deseo imperioso de la *compensación:* por orgullo, buscamos consolarnos de nuestras faltas por medio de ventajas que se hallen a nuestro alcance. Un pueblo que se crea menos civilizado o menos rico que sus vecinos reaccionará, por ejemplo, desarrollando, en compensación, su fuerza bruta.

El impulso bélico muchas veces puede encontrar su fundamento igualmente en el *sentimiento de inseguridad* dominante en el mundo contemporáneo. Puede llevar a los individuos a preferir la realidad de la catástrofe antes que vivir en una aprensión constante. Es lo que se podría llamar el complejo de *Damocles.*

En otro estudio[2] hemos intentado demostrar que cada generación encuentra la fuente de sus principales actitudes psicológicas en los complejos resultantes de los hechos sociales e históricos que han emocionado profundamente su infancia. Así, cada generación que sube está marcada por los acontecimientos que corresponden a la edad adulta o a la edad madura de sus padres. Así, también, se pre-

1 Alexandre y Staub, *Le criminel et ses juges.*
2 *L'invention*, págs. 467 y sigs.

paran las reacciones afectivas, que nacen de los complejos desarrollados por los *trauma* resultantes de los acontecimientos vividos en la infancia. Pero, de entre todas las perturbaciones sociales, la guerra es particularmente fecunda en ocasiones de *trauma*. Aunque también es la solución, a la vez catastrófica y deleitable, hacia la cual tienden nuestros más intensos complejos colectivos.

II. — Los comportamientos de los combatientes

Lo propio de la guerra es que os introduce inmediatamente en *otro universo psicológico*. Los valores están invertidos y la mentalidad está revolucionada. Aquellos que son contrarios a la pena de muerte y se escandalizan por la ejecución del más vil criminal, encuentran natural que se mande a la matanza a millones de jóvenes inocentes. Los economistas, a quienes indigna el más pequeño desembolso, encuentran natural que se destruyan ciudades enteras y se aniquilen, de manera completamente improductiva, millares de millones. Los espíritus acostumbrados a la crítica y a la libertad adoptan inmediatamente una obediencia pasiva, el fatalismo y la resignación elevados al máximo..., etcétera. El mundo de las relaciones sociales se transfigura y se nos aparece bajo una óptica completamente diferente de la del tiempo de paz.

Del mismo modo que distinguiremos la psicología de los vencedores de la de los vencidos, es menester *en principio, distinguir la de los agresores de la de los agredidos*. Añadamos que, muchas veces, la distinción se hace difícil, pues el *summum* del arte de los hombres de Estado o de los historiadores es barajar las cartas y disfrazar las guerras de agre-

sión como de legítima defensa. Pero nos parece que se puede postular que en los dos campos la intención de luchar o de atacar es siempre más fuerte de un lado que de otro.

El combatiente puede ser un *movilizado,* un *mercenario,* un *voluntario* o un *fanático.* La dominante psicológica del movilizado es la resignación, la cual puede ir acompañada o no de firmeza, valor, indignación, etc. El mercenario, que hace de la guerra una profesión, desea ejercerla con el máximo provecho y el menor riesgo posible. Las guerras en las cuales se oponen unos ejércitos profesionales son las que hacen menos víctimas, por lo menos entre los soldados. El ejemplo que ilustra mejor esta tendencia es el de los *condotieros* del Renacimiento italiano, o de los ejércitos de los recientes «señores de la guerra» chinos, cuyas campañas eran costosas y mortíferas sólo para las poblaciones civiles, a las que saqueaban, secuestraban y exigían rescate, reducían a la esclavitud, etc. El caso del voluntario es más complejo: sin duda, para él la guerra presenta, indiscutiblemente, un atractivo, puesto que admite participar en ella benévolamente. Pero no es una finalidad en sí. El voluntario entra en un conflicto para la defensa de una causa. El verdadero tipo del voluntario es aquel que se alista en un conflicto determinado y luego regresa a su hogar, una vez la guerra terminada, con la impresión del deber cumplido.

Desde el punto de vista intelectual, el soldado está libre del paso de sus perplejidades. Su deber es siempre claro. «Adonde está mi escuadrón —dice Alfred de Vigny—, allí está mi deber.» Tiene, además, conciencia de ejercer una profesión noble. Está rodeado de la estimación y, muchas veces, de la admiración de sus conciudadanos y del temor

respetuoso de los habitantes cuando se encuentra en país enemigo. El joven soldado representa, finalmente, el máximo *atractivo erótico* para las mujeres.

III. — Los combatientes y la jerarquía social

Llevar las armas es un *privilegio* de las clases dirigentes, a las cuales los soldados más o menos se identifican siempre, ya que son su emanación. Para Simone de Beauvoir y Oliver Brachfeld, una de las razones principales del complejo de inferioridad de la mujer es que ella no participa tradicionalmente en la guerra: «En la humanidad, la superioridad no se otorga al sexo que engendra, sino al que mata».

La actitud de heroísmo gratuito, que se había convertido en muy escasa desde el tiempo de los caballeros andantes, conoció un renacimiento desde principios del siglo XIX con el Romanticismo. Está hecha, al mismo tiempo, de un gusto por el riesgo y un desprecio por la vida prudente y ordenada. La elección del riesgo guerrero es una forma, para un hombre joven de espíritu atormentado y asaltado por inquietudes metafísicas, de escapar a tan angustiosas cuestiones. Aquel que ha adoptado este camino se ve llevado a creerse un instrumento del destino. Se añade a ello una especie de embriaguez de la historia que cada cual, naturalmente, interpreta a su manera y para su mayor gloria personal. Las tendencias románticas, tal como pueden encontrarse expresadas por unos *dilettanti* del heroísmo como Chateaubriand, Byron, d'Annunzio o Barrès, autorizan a sus fieles a que cultiven la inspiración, es decir, en último análisis, a consi-

derar sus impulsos como providenciales y directamente dictados por Dios. Pero el más fuerte de todos nuestros impulsos, porque es colectivo, es el impulso belicoso. Una mentalidad tal, es, por lo tanto, extremadamente favorable al desarrollo de las guerras.

Existe en las guerras un aspecto moral innegable. Incluso los más acérrimos pacifistas no pueden negar que la guerra exalta unas virtudes emocionantes y nobles: el valor, la abnegación, la fidelidad, la amistad entre combatientes y la lealtad. La humanidad, en todas sus formas de civilización, ha sido siempre consciente de estas virtudes éticas de la guerra, a las cuales ha otorgado un muy alto precio.

En las sociedades fundadas en el régimen de castas, o en aquellas en las cuales reinan unos tipos de jerarquía que tienden hacia el régimen de castas, las virtudes guerreras son consideradas como correspondientes por derecho a los grupos que son soldados generación tras generación. Estos grupos fomentan con celoso cuidado el sentimiento del honor, de la virilidad y de la bravura, y se comportan como sintiéndose depositarios de tales virtudes. En la mitología hindú, la casta de los guerreros sigue inmediatamente después de la de los brahmanes, y entre sus miembros se reclutan, por regla general, los príncipes y los reyes. La misma justificación de la estructura feudal es el dominio militar: las tierras están divididas en lotes entre las familias de los guerreros para permitirles poder asegurar el servicio militar del rey o la defensa local de los campesinos. Incluso los pueblos conocidos por su actividad mercantil soñaron con el valor militar, y veían muchas veces en este estado el coronamiento del éxito comercial: en Venecia,

los hijos de la aristocracia comerciante eran, frecuentemente, oficiales del ejército o de la flota de la República. En las repúblicas y monarquías de tipo democrático, se vio a la burguesía de Luis Felipe y de Víctor Manuel, de la III República Francesa y de la Alemania de Guillermo, deseosa de ver a sus hijos acceder a los grados elevados del ejército.

¿En qué medida este culto de las virtudes guerreras, propio de todas las aristocracias, y al cual los jóvenes de todas las clases sociales son sensibles, puede ser una de las causas de la guerra? Se puede concebir perfectamente que las aristocracias militares no sean, a pesar de todo, batalladoras. Pueden muy bien quedarse anquilosadas dentro de su orgullo, satisfechas de sí mismas, y considerar que ya han hecho sus pruebas y adquirido, en el pasado, suficiente gloria para no tener necesidad de buscar nuevos laureles. Pensando de esta manera, los espartanos llegaron a convertirse en una nación pacífica.

Una clase de guerreros triunfantes y gozando del fruto de sus victorias y de la situación de *consumidores eminentes* en donde ellas los han colocado, puede estar llena de refinamiento. Pero la vida militar, sobre todo en los peldaños más bajos de la jerarquía, está más bien hecha de privaciones y de brutalidades. Las bromas groseras de cuartel, los trabajos pesados, el entrenamiento a la vida dura y a la indiferencia para con los sufrimientos de los demás, son lo esencial para el adiestramiento de los nuevos reclutamientos. Se ha dicho que el ocaso de las buenas maneras de los siglos XVII y XVIII empezó con los reclutamientos y la extensión del servicio militar. Renan declaró: «Quienquiera

que haya pasado por un cuartel, está perdido irremisiblemente para el espíritu de fineza».

Ante todo, la vida militar desarrolla el *espíritu de brutalidad*. Con el sentimiento del peligro, engendra el deseo de gozar rápidamente y sin ninguna consideración para nadie ni por nada, las ventajas que se ofrecen: «Para aquel que vive de minuto en minuto o de batalla en batalla, el tiempo no existe. Las compensaciones del futuro son pura quimera; únicamente el placer del momento tiene una certidumbre y, para emplear una expresión doblemente conveniente aquí, cada gozo es otro tanto que se gana sobre el enemigo. ¿Quién no puede sentir que esta lotería del placer y de la muerte es necesariamente corruptora?»[3].

IV. — El comportamiento de los dirigentes

El papel de los dirigentes en las guerras ha dado y da lugar a más controversias que el de los combatientes. Uno de los problemas más discutidos de la sociología es saber si los dirigentes no hacen más que seguir los impulsos y los deseos difusos de las masas o si, por el contrario, imponen efectivamente a estas unos puntos de vista originales.

Una primera distinción se impone: es la de la clase directora y las *élites*. La primera ejerce un poder de hecho, pero no posee necesariamente ninguna superioridad intelectual ni técnica sobre la masa. Además, es por este motivo que la masa se reconoce más en sus dirigentes que en su *élite*. Por el contrario, la *élite* se diferencia de la masa: se compone de hombres que poseen conocimientos

[3] Constant, B., *De l'esprit de conquête.*

más vastos, que están dotados de un espíritu de inventiva y de una actividad superiores al término medio, pero que, muchas veces, no ejercen ningún poder.

Esta distinción, que ha sido expuesta de la manera más clara por Saint-Simon, permite creer que, en general, los dirigentes siguen la mentalidad ambiente más que la preceden o modifican. Tolstoi decía que resulta increíble que si una nación entera es pacífica, baste el capricho de un jefe o de una pequeña minoría para arrastrarla inevitablemente a una guerra. Esto podía ser concebible, en todo caso, en la época de las guerras dinásticas, cuando los príncipes luchaban con pequeños ejércitos de mercenarios, pero la forma tan ampliada de los conflictos contemporáneos exige la participación cordial, si no entusiasta, del conjunto de la nación. Puede admitirse también que los dirigentes no son nunca la causa absoluta de un conflicto, pero que, siempre, no hacen más que responder *al deseo secreto del pueblo.* Ciertamente, cuando las cosas van por mal camino, los dirigentes pueden servir de cabeza de turco a la culpabilidad colectiva. Como contemporáneamente, la reprobación tardía de Hitler y de Mussolini. Pero la historia nos enseña también que los jefes de Estado individualmente pacifistas y que han resistido a los impulsos belicosos ambientales, muchas veces resultan duramente castigados: las reticencias de Luis XVI en la guerra de la independencia americana marcan el principio de su impopularidad; igualmente el pacifismo de Luis Felipe cuando la tensión con Prusia.

Para el hombre de Estado la guerra es, en principio, la *solución de facilidad.* Cuando la situación interior se embrolla y se envenena, no hay nada tan

eficaz para esclarecerla como declarar una guerra. La guerra dispensa de buscar laboriosos compromisos y de equilibrar intereses divergentes. Podría decirse, paradójicamente, que la guerra es el fin de las querellas: muchas veces se lucha por horror a la discusión.

La guerra es el reposo de los gobiernos. Incluso cuando son democráticos, les permite imponer silencio, sumisión, obediencia pasiva y privaciones múltiples a sus ciudadanos, que por las circunstancias se han convertido en sujetos. Se suspenden las elecciones y los jefes son inamovibles.

La guerra también es la solución más halagadora para los gobernantes. Inmediatamente después de declarada, el más insignificante de los hombres políticos llegados al poder se convierte en una especie de pontífice sublime y aureolado. Desde aquel momento, los combatientes mueren en su nombre. Por parte de estos se produce un fenómeno de cristalización: el jefe se convierte en un objeto de fervor y de devoción. Tanto si es cruel y licencioso como Julio César, o astuto e implacable como Aníbal, la victoria le asegura el amor profundo de sus soldados. Innegablemente, nos hallamos ante un fenómeno religioso: la guerra santifica a los jefes. En Roma, el jefe militar estaba rodeado de pontífices, agoreros y arúspices. En ciertas circunstancias, él mismo oficia y sacrifica. En la Edad Media, el futuro caballero se retiraba en una *vela de armas* mística. En nuestros días, las promociones de jóvenes oficiales, incluso en las naciones que profesan la irreligiosidad oficial, están rodeadas de todo un impresionante aparato de gran solemnidad.

Por último, en los jefes de guerra y en los que ejercen un mando absoluto se encuentra un fenómeno que podría llamarse *complejo de Abraham.*

Todo mando absoluto invita a su poseedor a una vida interior mística. Será llevado fatalmente, en los momentos en que sus responsabilidades le angustian más, a remitirse a la inspiración en el sentido místico de la palabra. El mando absoluto dicta, también, unas actitudes psicológicas patriarcales en la medida en que el padre es el jefe omnipotente y el pontífice de la *gens*. Pero *los momentos culminantes del poder patriarcal son aquellos en los cuales ordena el sacrificio del hijo*. Y nos encontramos aquí con la ambivalencia psicoanalítica, pues el padre inmola al hijo indigno o, por el contrario, al hijo perfecto, oblación de lo más selecto, víctima incomparable ofrecida a los dioses. El sacrificio de Abraham es la consagración suprema de una obra o de una política. Así sucedió con Iván el Terrible y Pedro el Grande, después de Jefté y Agamenón. Indirectamente, la guerra hace este oficio: el jefe envía y sacrifica a los mejores de sus hijos. Los combatientes, por su parte, cuanto más admiran y aman a su jefe más vivamente esperan que les ordene sacrificios inauditos.

El complejo de Abraham parece presentar también otro significado: el de una manifestación del conflicto entre generaciones[4]. La generación de los padres, la de la gente bien suministrada y sosegada, que se encuentra sobrepasada por una desbordante y ambiciosa juventud cuyo número excede las posibilidades de poderla satisfacer y emplear, tiende a ver, en la solución guerrera, conscientemente o no, el remedio más eficaz para esta peligrosa situación.

4 Este conflicto entre viejos y jóvenes varones es cosa bien conocida en la especie animal.

V. — Las consecuencias psicológicas de las guerras

Es de gran interés para la polemología analizar los comportamientos psicológicos individuales y colectivos que siguen inmediatamente a la paz. Siempre es necesario, cuando se habla del resultado de una guerra, tener en cuenta el hecho de que, en general, existe un vencido y un vencedor. Pero hay ciertos grados, tanto en la derrota como en la victoria, que van de la sumisión total al vencedor y la capitulación sin condiciones —como en la fórmula antigua: «remitirse a la clemencia del pueblo romano»—, hasta la simple aceptación de un tratado ligeramente desventajoso. Tales matices existen incluso en los pueblos primitivos.

La verdadera función de las guerras aparece mucho mejor en aquellas que se terminan con un retorno al statu quo y no desembocan en nada, que en aquellas que modifican profundamente las situaciones. Entonces no hay más remedio que constatar que su papel no ha podido ser otro que devorar las energías excesivas, los bienes y los hombres excedentes.

Desde el punto de vista psicológico, en este caso el único hecho nuevo resultante de la guerra es que *la agresividad de los individuos, es decir, especialmente la de los dirigentes y la de los combatientes más virulentos, terminó.* En las guerras modernas es posible, muchas veces, distinguir el momento en el cual el impulso belicoso y la intransigencia que lo acompaña empiezan a declinar. Las soluciones del compromiso que parecían indignas al principio, son entonces consideradas sin aversión.

El final de las guerras produce una intensa y súbita sensación de euforia. Esta sensación se aplica, primeramente, a los combatientes, que ven

desaparecer bruscamente la amenaza que se cernía sobre sus cabezas. Todos se sumergen en la alegría de la aventura excitante que no ha terminado del todo mal. Al mismo tiempo, las más rudas de las servidumbres militares se aligeran: los unos van a ser desmovilizados, y los otros gozarán, más o menos, de unas vacaciones.

Para el país vencedor, la euforia se explica fácilmente: ha alcanzado su finalidad, espera de la victoria unas anexiones de territorios, unas indemnizaciones y unas ventajas de las cuales se aprovecharán, poco o mucho, gran parte de sus ciudadanos. Pero incluso los vencidos ven llegar la paz con un alivio muchas veces mayor. Si su territorio se encuentra ocupado, esperan su evacuación, el final de las requisas, el retorno de los prisioneros y el fin de las represiones.

Pero es evidente que este buen humor no dura siempre. Esto es especialmente cierto cuando la guerra ha traído unas destrucciones materiales demasiado considerables, hasta el punto que resulta imposible retornar a una vida normal. Así, si bien en 1945 el alivio al final del conflicto fue grande, la euforia fue menor que en 1918: por primera vez Europa había visto lo que podía ser una guerra total, y cada uno sabía por experiencia que el final de la guerra no es necesariamente la llegada de la prosperidad.

La tendencia natural del espíritu humano es considerar que cada guerra importante termina una época y abre otra nueva. No es ninguna actitud arbitraria la de los historiadores que razonan de esta forma; no hacen más que adaptarse al espíritu general y a una tradición milenaria. Una vez restituida la paz, los hombres tienen la impresión de haber cumplido una labor muy importante y re-

suelto los problemas que se les planteaban de la manera más aguda. Han operado una reclasificación, cerrado una época y abierto una nueva era. La guerra es *el examen de los pueblos*, dice Von Bernhardi; también la euforia de posguerra participa de la tranquilidad de ánimo, muy conocida de los estudiantes, que sigue a los períodos cruciales del año escolar. Bien o mal, los exámenes ya han pasado.

Esta impresión de ser un examen de los pueblos hace que la guerra sea considerada, tanto por los beligerantes como por los espectadores neutrales, como una fuente de enseñanzas. Existe una tendencia general a inscribirse en la escuela del vencedor. Inversamente, se denigran las instituciones y el carácter del vencido. Se le hace soportar la responsabilidad de la derrota.

Desde el punto de vista psicológico, las posguerras son generadoras de complejos. Evidentemente, los más graves son los complejos de inferioridad de los pueblos vencidos. Muchas veces se traducen en forma de actitudes expiatorias. Se decide la «gran Penitencia», como se hizo en Francia después de 1940. Estas penitencias se pueden considerar como la reviviscencia de un viejo proceso mágico que se encuentra en todas las épocas y en todos los países: los antiguos, después de las derrotas, ofrecían a los dioses unos sacrificios expiatorios y se imponían privaciones. En las civilizaciones menos arcaicas, el sacrificio existe todavía, pero bajo la forma desviada de la *sanción:* es raro que al día siguiente de una derrota no se asista a la ejecución de algunos jefes, a veces de una porción entera de la población, acusados de haber desmerecido o traicionado. Son las cabezas de turco cuyo sacrificio purifica a los supervivientes.

Otra consecuencia de las guerras, sobre todo cuando desembocan a una hegemonía bastante estable, es imponer la imitación de los vencedores. La guerra es quizá la forma más eficaz del contacto internacional. Un país puede cerrar sus fronteras en tiempo de paz y entregarse a la xenofobia más delirante, como los chinos en el siglo XVIII; pero este hermoso aparato no puede mantenerse si se produce una invasión. *La guerra rompe el aislamiento cultural y económico.* Por eso debe hacerse una gran diferencia entre las guerras que únicamente han sido simples incidentes episódicos aspirando a una rectificación de fronteras, y aquellas que, por el contrario, han provocado transformaciones en las instituciones y en las mentalidades. De lo que se deduce la enorme importancia de las guerras coloniales a pesar de la modestia de su aspecto militar, pues provocan verdaderas *mutaciones sociológicas:* las minúsculas expediciones de Cortés y de Pizarro son más importantes para la civilización española que las guerras de Carlos V.

El apaciguamiento del impulso belicoso dura, en general, *el tiempo de reconstituir las pérdidas del conflicto precedente.* Antaño esta convalescencia era larga, pues el crecimiento demográfico era débil. En nuestros días, las peores matanzas quedan compensadas en algunos años. Entonces se ven despertar las reivindicaciones. Los pueblos vencidos piensan en la revancha. Los vencedores opinan que su sacrificio merecía una recompensa superior en botín, en anexiones o en hundimiento del adversario. El ciclo está cerrado: los impulsos belicosos están nuevamente listos para manifestarse.

VI. — Las formas del pacifismo

Conviene examinar aquí el pacifismo en tanto que pueda ser considerado como formando parte de los comportamientos psicológicos comprendidos en el conjunto del «fenómeno-guerra».

La inclinación al pacifismo es lo contrario del impulso belicoso. — Es por eso que generalmente se expansiona después de las guerras. Señala la caída o disminución del tono guerrero. El pacifismo es una reacción psicológica directa: afecta a la opinión sin pasar previamente, como los juicios teológicos o filosóficos, por razonamientos complicados. El pacifismo tampoco pasa, como los planes de paz, por teorías causales previas. Es únicamente la expresión de una actitud y de un deseo. Es un comportamiento inmediato, un estado de ánimo todavía irrazonado.

Pero siendo el hombre fundamentalmente un ser social, las reacciones espontáneas toman siempre en él una forma sistematizada y diferenciada según el universo cultural que le es propio. Y, cuando se trata del pacifismo, se puede considerar que *la manera en que se formula la reivindicación de paz depende estrechamente de la concepción dominante sobre el significado de la guerra.* En consecuencia, nos parece que las actitudes y las doctrinas pacifistas pueden dividirse en dos grandes grupos, según que sus promotores, con todo y maldecir la guerra, continúen considerándola como una cosa sagrada o, muy al contrario, la despojen de esta reverencia y la traten como una cosa profana, condenable o despreciable.

El pacifismo sagrado. — *El pacifismo bíblico.* — Considerada la guerra, como hemos visto, como el castigo de Dios para los malos y los pecadores, el pacifismo de los profetas con-

sistirá en velar rigurosamente que no haya impiedad, impureza ni mancilla que pueda provocar una sanción divina sobre toda la comunidad.

El pacifismo romano. — Es un pacifismo de triunfadores excedidos que están cansados de vencer y de castigar, pero que continúan cargando, a pesar de todo, toda la responsabilidad sobre los vencidos. La misión de Roma es reinar, regentar y decidir el derecho entre los pueblos. Desobedecer al pueblo romano se convierte, al mismo tiempo, en un crimen de lesa majestad y en una impiedad.

El pacifismo fatalista. — Puede resumirse en una actitud de no resistencia. Cualesquiera que hayan sido los esfuerzos de los hombres, no son dueños de la paz, de la guerra, de la victoria ni de la derrota. La guerra es el inevitable instrumento del destino y, el vencedor, el elegido de los dioses. Sólo puede haber resignación.

El pacifismo excluyendo la noción de sagrado. — *El pacifismo evangélico.* — Fundándose en numerosos textos se puede considerar —cosa curiosa— que el Nuevo Testamento no concibe la guerra como una cosa sagrada. Efectivamente, no siendo jamás Dios responsable de la guerra, esta es puramente humana y un pecado. «Quien ha matado con la espada, morirá por la espada.»

Incluso cuando, más tarde, la Iglesia se ve obligada a transigir con las potencias temporales, y especialmente cuando las Cruzadas, ella guarda numerosas señales de aquella primera actitud: en principio, la guerra está prohibida a todos los miembros del cuerpo sacerdotal.

Las doctrinas de la no violencia (Buda, Tolstoi, Gandhi) se pueden asimilar al pacifismo evangélico.

El pacifismo plañidero. — Parte del punto de vista de que es suficiente recordar a los hombres cuán crueles son las guerras, cuántas destrucciones ocasionan, cuántas depredaciones, matanzas y sufrimientos de todas clases, para que les inspiren repugnancia (pero las plañideras no han curado jamás a ningún enfermo). Parece ser que también consideran la guerra como una especie de error de cálculo por parte de los dirigentes y, por parte de los pueblos, de arrebato hecho de ligereza y de cólera.

El pacifismo «moderado». — Este pacifismo tiende a moralizar la guerra más que a condenarla o a descartarla formalmente. Este pacifismo es el de todos los autores de derecho internacional cuya doctrina se limita a proscribir la crueldad y a prohibir los excesos.

El pacifismo belicoso. — Exhorta a los pueblos a que hagan la guerra para poner fin a ella. Es el pacifismo del que usó y abusó la propaganda de todos los beligerantes en 1914-18, con expresiones como «guerra a la guerra», etc. Grandes conquistadores han empleado a menudo esta forma de pacifismo a título de razonamiento justificativo de su conducta, como Napoleón, quien explica en el *Memorial* que quería realizar la paz perpetua con la instauración de un Estado único.

El pacifismo irreverente. — Se esfuerza no solamente en «desantificar» la guerra, sino también en quitarle el inmenso prestigio que le confieren la literatura épica bajo todas sus formas y la educación que recibimos. Oculta su indignación ridiculizando las costumbres militares y el nacionalismo agresivo, y ataca a los caudillos y a su leyenda. El *Cándido* de Voltaire y su *Diccionario Filosófico* y *La isla de los pingüinos* de Anatole France, son las más notables expresiones. Este pacifismo tomó un enorme desarrollo después de la Primera Guerra Mundial. En Francia, el poeta Jacques Prévert[5] es su representante más eminente en la literatura, lo mismo que el equipo de *Le Canard enchaîné* y *Le Crapouillot*, en el terreno del periodismo.

5 Prevert, J., *Paroles* y «La bataille de Fontenoy», en *Spectacles*.

Capítulo VII

CAUSAS ATRIBUIDAS A LA GUERRA Y PLANES DE PAZ

«La misma frecuencia de las guerras —dice Novicow— parece probar que no resuelven nada.» Lo que dice Novicow de la guerra se puede aplicar exactamente y con el mismo resultado a la paz. Ni la paz ni los tratados que la consagran resuelven nada. Se han calculado hasta ocho mil tratados de paz conocidos, los cuales han sucedido a ocho mil guerras, y siempre ha sido necesario volver a comenzar.

Sin embargo, pronto se ha buscado el medio de asentar la paz sobre unas bases más estables que las de los tratados particulares. Desde el punto de vista jurídico, se ha hecho observar que los tratados de paz, por el solo hecho de que ponen fin a las hostilidades, están todos empañados de violencia. Los vencidos no dejan nunca de considerarlos como nulos a la primera ocasión. Era necesario, pues, salir del círculo que hace que la violencia engendre violencia perpetuamente. Se debía intentar sustituir unos aspectos generales por unos aspectos particulares, suplir los contratos por un estatuto o una ley internacional que permitiera evitar el recurso de la fuerza.

Pero es menester conocer primero los hechos que turban la paz para promulgar unas leyes adecuadas para evitarlos. Así, *todos los planes de paz*

que nos han sido propuestos en el transcurso de los siglos están fundados, implícita o explícitamente, sobre una teoría causal de la guerra.

Por regla general, los planes de paz nacen después de una serie de guerras. Reflejan la lasitud, la indignación y el deseo de acabar de una vez, características que siguen a los días bélicos. Pero cada época tiene sus motivos de guerra favoritos, que sorprenden a sus contemporáneos y alimentan sus reflexiones. Y, por un procedimiento de generalización que se reencuentra en la base de todas las doctrinas sociológicas, esta motivación se extiende cada vez a todas las guerras pasadas, presentes y venideras. Los autores de los planes de paz nos dicen, en resumen: «Acabamos de comprobar que tal guerra, que ha arruinado nuestra época, ha tenido tal causa determinada. Esta causa es, pues, generadora de todos los conflictos armados. Os proponemos tal medida que dará por resultado abolirla o neutralizarla y, por consiguiente, asegurará la paz definitiva».

I. — Planes de paz económicos

Puede decirse que, *grosso modo*, el mundo europeo ha vivido, desde el Bajo Imperio Romano, con diversos regímenes de economías dirigidas. Además, el *bullionismo,* y después el mercantilismo, han sido presentados como necesarios a la consolidación militar de los Estados para la constitución de tesoros de guerra. Como las guerras no han cesado nunca, se ha llegado a pensar naturalmente que el dirigismo, el proteccionismo aduanero, el colbertismo y el mercantilismo, eran causas de guerra. Fue así como los fisiócratas se levantaron contra

el colbertismo y los liberales contra el proteccionismo. Para estos últimos, el librecambio debía poner fin inmediatamente a todos los antagonismos económicos entre las naciones.

Se añadió a esto la tesis de Jeremías Bentham, quien propuso igualmente la supresión de todas las colonias. Su teoría se fundaba en el hecho de que, en esa época, los Estados europeos consideraban las colonias como mercados reservados para su industria y su comercio. A partir del Renacimiento, Gran Bretaña renunció a las conquistas territoriales en el continente europeo y, cada vez que participó victoriosamente en una guerra, se hizo pagar a base de ventajas coloniales. Bentham, economista inglés, se sentía naturalmente inclinado a deducir que la búsqueda de nuevas colonias era la causa de la agresividad británica.

Uno de estos planes de paz condenando el dirigismo fue puesto a prueba: los liberales obtuvieron sentencia favorable en el siglo XIX. Su triunfo dio un enorme desarrollo a la producción y a la expansión europeas. Pero no parece que estas transformaciones hayan tenido mucha influencia en la agresividad de los grupos y de las naciones. Todo lo más, podría decirse que las guerras han cambiado de ritmo. Pero ocurre así cada vez que se produce una modificación de estructura de los Estados, de las poblaciones o de las economías.

A su vez, la economía liberal iba a ser acusada de ser la causa principal de las guerras:

La guerra de 1914-18 acabó con un triunfo de las doctrinas socialistas. Estas doctrinas eran, por lo menos en aquella época, al mismo tiempo pacifistas, internacionalistas y antimilitaristas. Además, como los partidos socialistas no estaban en el poder en ninguno de los países en guerra, de

ningún modo recaía en ellos la responsabilidad activa ni pasiva. Y, como el capitalismo era el régimen económico del momento, era fácil deducir, con razón o sin ella, que el capitalismo era el único culpable de la guerra.

¿Se puede sostener rotundamente, al amparo de la experiencia histórica, que el capitalismo sea, de una manera absoluta y constante, más o menos belicoso que los demás sistemas? Su desaparición ¿aseguraría, tal como se ha sostenido, la paz universal?

En primer lugar, examinemos a los prefiguradores del capitalismo moderno. La política de los primeros Estados comerciantes —Cartago, Venecia o los Países Bajos— tan pronto era bélica como pacífica, según fuera el interés y la coyuntura histórica que los llevase hacia uno u otro camino. No podían, en todo caso, acomodarse a un estado de guerra perpetua análogo al de la Alta Edad Media o de algunos pueblos primitivos, como los mongoles, pues el comercio y los negocios exigen largos períodos de paz. Esto fue lo que hizo creer a H. Spencer que el Estado industrial traería consigo la paz.

Además, desde el punto de vista psicológico, no se tiene menos culto por la gloria militar en Londres que en Berlín o en Roma que en Nueva York. Se la celebraba en Venecia, en Florencia y en Amsterdam. Actualmente la experiencia nos demuestra que los Estados socialistas no son menos sensibles a ella. La voluntad de poder y los impulsos belicosos parecen muy independientes de los sistemas económicos. Y lo mismo sucede con el modo de jerarquía política o social de la organización del trabajo o de la apropiación de los bienes de producción o de consumo. Aristocracia, feuda-

lismo, plutocracia, capitalismo, economía comunitaria o socialista, primitiva o moderna, esclavitud, trabajo libre o forzado, servidumbre o pequeña propiedad, en todas estas estructuras encontramos ejércitos y guerras.

Teóricamente, cada necesidad puede dar lugar a una lucha destinada a satisfacerla en perjuicio del prójimo. Cada desacuerdo económico puede irse enconando y dar nacimiento a un conflicto. Pero, ¿no sucede lo mismo con todo desacuerdo? Por el contrario, parecería que las discusiones económicas hubiesen de ser el terreno por excelencia del regateo y de los compromisos.

También es raro que una situación económica no pueda, al igual que las estadísticas, interpretarse de varias formas diferentes. Por eso puede decirse que, entre las causas económicas de los conflictos, las teorías económicas *en las cuales se cree* están entre las más importantes. Ciertamente, lo son más que los hechos económicos propiamente dichos. Pues interpretamos y analizamos la situación del momento a través de nuestras creencias y de nuestras ideas, en una palabra, a través de nuestra mentalidad. Y si las doctrinas económicas actuales estiman que dicha situación no puede solucionarse más que con la guerra, es fatal que los hombres de estado y la opinión pública se sientan influidos. «La gran ilusión no es creer que la guerra paga, sino creer que se hace la guerra porque ella paga», dice Elie Faure.

Sea como sea, ningún economista, ningún historiador, ningún político ha podido jamás definir o precisar en qué grado de antagonismo económico la guerra debe, necesariamente, estallar. Además, la experiencia enseña que, por regla general, las destrucciones de cada guerra sobrepasan en mucho

el valor de su apuesta económica inmediata. Cuando unos conflictos económicos degeneran en riñas sangrientas, es que se ha añadido un factor pasional que vuelve momentáneamente, a los adversarios, sordos a las voces de la conciliación y del compromiso. En una palabra, *parece que los factores económicos estén muchas veces al servicio de los impulsos belicosos*. La economía es siempre, en todos los casos y sin excepción, uno de los instrumentos de la guerra. Pero lo recíproco no parece ser cierto: la guerra no es siempre el instrumento de la economía.

II. — Planes de paz políticos

Antes de abordar los diferentes planes de paz políticos que han sido propuestos, examinemos rápidamente, tal como hemos hecho ya con respecto a sus aspectos demográfico o económico, el resultado político último provocado por la guerra. Dicho de otro modo, veamos cuál podría ser la función política de las guerras.

Parece difícil, a menos de que se eliminen sistemáticamente todas las contradicciones, relacionar los efectos de las guerras con los tipos de sociedades, lo mismo que con las creencias o las técnicas, ya que a menudo vemos, en unas sociedades análogas o, mejor todavía, en una misma sociedad, que los conflictos producen efectos algunas veces diametralmente opuestos.

Desde el punto de vista de las creencias y de los sistemas políticos, sucede frecuentemente que las guerras barren las supervivencias, pero también sucede, a veces, que las consolidan. Por ejemplo, las victorias de Japón hasta 1945, aunque lo convertían a la técnica europea, habían reforzado la

idolatría hacia su emperador y las ideas religiosas tradicionales. La única regla que se puede sacar de la mayoría de las observaciones es que, en general, *el vencedor se confirma en sus creencias porque les atribuye la victoria; por el contrario, el vencido se ve inclinado muchas veces a dudar de su ideología y de sus instituciones*. La derrota muchas veces viene acompañada de una crisis de régimen político y de una crisis de conciencia. Por eso mismo, salvo cuando se trata de un aplastamiento total, muy a menudo es más dinámica que la victoria. La victoria confirma; la derrota transforma.

Pero las transformaciones políticas que aporta la guerra no son obligatoriamente un progreso, y pueden hacer que un estado político se vuelva más primitivo. Por ejemplo, la victoria de los bárbaros sobre Roma hizo pasar a Europa, durante siglos, de un imperio organizado y encuadrado por instituciones políticas y jurídicas sabias, a un estado tribual casi primitivo y, más tarde, al desmenuzamiento feudal.

Cuando dos formas de Estado, teniendo cada uno su doctrina política, se encuentran en conflicto duradero, no se puede saber por anticipado cuál de los dos prevalecerá. Incluso cuando el conflicto termina con la victoria total de uno de ellos, es raro que la estructura mental y material del vencedor mismo permanezca intacta después de tal acontecimiento; en general, queda transformada. Especialmente es el caso del conflicto mejor conocido de la Antigüèdad: las Guerras Púnicas. Después de su victoria, la sociedad y el Estado romanos cambiaron rápidamente de carácter. Otras veces, el choque de dos fuerzas rivales provoca una solución imprevisible. Ocurrió así con la lucha que duró tantos siglos entre el Papado y el Imperio

Germánico. El feudalismo prometía la seguridad a los pueblos y a los municipios mediante un tributo a sus jefes. Por su parte, la Iglesia prometía también la seguridad mediante la sumisión a su dogmatismo. Finalmente, las dos fuerzas fueron debilitándose recíprocamente y se elevó entre ellas una solución que nadie podría prever: el Renacimiento, es decir, una mentalidad al mismo tiempo política e intelectual, y una orientación completamente nueva.

III. — Los planes de Estado único

La teoría causal, que es la base de estos planes, puede resumirse de la forma siguiente: la guerra es la consecuencia directa de la soberanía de los Estados. Mientras existan Estados independientes y soberanos, grandes o pequeños, habrá rivalidades, ambiciones o rencores, cuyo resultado será la guerra. Pero la experiencia demuestra que unos países que han sido durante siglos enemigos hereditarios, se convierten en compatriotas, hermanos y amigos cuando se les engloba, muchas veces a la fuerza, en un mismo organismo político.

El soberano único hará reinar, pues, la justicia y la paz en el mundo, como en las provincias de un inmenso imperio del cual será el jefe. Por ejemplo: el ciudadano romano del siglo I, el español del siglo XVII y el británico del XIX, formando cada uno la categoría privilegiada en el centro de una multitud de pueblos sometidos. A esta concepción opresiva de la unidad se la podría llamar «el complejo del pueblo elegido».

Actualmente esta tesis ha sido sostenida por Emery Reves[1], quien estima que hoy el progreso

[1] Reves, E., *Anatomie de la Paix*, París, 1946.

técnico es propicio a la realización del Estado único: «Ahora, por primera vez en la historia, la conquista del mundo por una sola potencia es una posibilidad geográfica, técnica y militar... Desde un punto de vista técnico y militar (el mundo), es mucho más pequeño que el territorio de uno cualquiera de los grandes Estados de los siglos pasados. Es infinitamente más fácil y más rápido para Estados Unidos dirigir la guerra en Extremo Oriente, que Julio César en Inglaterra o en Egipto». El autor anhela que, si los hombres no pueden entenderse para llegar al universalismo por medios pacíficos y democráticos, el curso de los acontecimientos precipite la unificación por medio de la acción brutal de un conquistador.

En esta tesis se encuentran los dos argumentos principales que siempre han servido a los conquistadores para justificar sus empresas: el primero es la *búsqueda de la seguridad*. Pero esta es como lo incognoscible de Spencer: cada conquista, al ampliar las fronteras y extender las líneas de comunicación, hace mayores las zonas que se han de defender contra posibles agresores. No hay límite, pues, a las conquistas de quien pretende llegar a la seguridad total. A este propósito, Reves declara: «El empuje hacia la seguridad es la principal causa del imperialismo». El segundo argumento es que todas las tentativas de dominio universal que han ensangrentado el mundo tenían como objetivo anunciado hacer reinar por siempre jamás el orden y la paz...

Una rápida ojeada a la historia hará dudar de las virtudes pacifistas del Estado único. Es suficiente ver cuán relativamente breves fueron los períodos de paz que siguieron a la constitución del imperio chino o del imperio romano, en relación

al enorme esfuerzo y a los grandes sacrificios sufridos por los pueblos. La guerra civil acaba por imponerse en los Estados en los que ninguna otra puede ya equilibrar la potencia. Las luchas de facciones, las querellas dinásticas e intestinas, las rivalidades entre los ejércitos y sus jefes, y las revueltas de los vasallos o de los gobernadores de provincia, sustituyeron a las guerras internacionales[2].

IV. — Importancia histórica de las guerras civiles

La mayoría de los historiadores tienen tendencia a considerar las guerras civiles como secundarias. Parece que, por el contrario, las guerras civiles merecen, muchas veces, la primacía por más de una razón. Desde el punto de vista cualitativo y energético, podría decirse que son las más encarnizadas. Desde el punto de vista cuantitativo y demográfico, son las que causan en general más destrucciones y más víctimas. En el curso de la historia moderna de Europa, las más grandes destrucciones fueron producidas por la guerra de los Treinta Años y por las guerras francesas de religión. La guerra americana de Secesión provocó más pérdidas humanas que la guerra franco-prusiana de 1870. Después de la guerra de 1914, la Revolución rusa hizo más víctimas en aquel país que las hostilidades internacionales que la habían precedido. Finalmente, España, que no había participado en la guerra europea de 1914-18, sufrió, como consecuencia de su guerra civil de 1936-39, unas pérdidas proporcionalmente más elevadas que

2 *Huit mille Traités de paix*, págs. 23 y sigs.

las de la mayoría de los beligerantes durante la Primera Guerra Mundial.

Los Estados pasan sucesivamente por fases de concentración y luego de partición. Como resultado de coyunturas favorables, grandes imperios se crean y luego se disgregan; la división empieza, en general, por las provincias más alejadas. Pero los dos procesos, tanto el de la concentración como el de la escisión, se acompañan de conflictos sangrientos. Más aún: la guerra es el instrumento mismo de esta evolución.

Las experiencias de Superestados que se han hecho ya, no parecen del todo convincentes en cuanto a la posibilidad de suprimir la guerra por este sistema. Todo ha ocurrido como si en estas materias existiese un principio de compensación: las guerras más pequeñas y más frecuentes entre feudales o entre pequeños Estados han sido sustituidas, a más largos intervalos, por grandes guerras civiles, causando, de un solo golpe, unas pérdidas equivalentes.

V. — Los planes de equilibrio entre Estados

Los planes de equilibrio, a diferencia de los planes jurídicos —los cuales se fundan sobre una noción abstracta del derecho y de la igualdad entre soberanías—, tienen en cuenta el factor fuerza. Parten del punto de vista de que la paz podría salvaguardarse por la oposición de los dinamismos, que harían contrapeso y se neutralizarían unos a otros.

Sobre todo son, pues, frenadores. Cuentan hacer reinar la paz por la participación del mundo entre Estados de fuerza equivalente y que podrían, así,

mantenerse mutuamente respetuosos, o bien por el juego de acuerdos, alianzas y coaliciones. Las tentaciones de marchar a la guerra serán menores, creen ellos, si la igualdad de fuerzas presentes hace aparecer la victoria como algo completamente aleatorio.

Sin embargo, conviene subrayar el aspecto ofensivo de tal concepción. Al esforzarse en impedir a toda costa que una dinastía o que una nación no aumente su potencia hasta el punto de convertirse en un peligro para sus vecinos, la doctrina del equilibrio es una fuente de guerras inacabable. Pues en último término, recomienda a las naciones, tal como lo había hecho Maquiavelo, que emprendan guerras preventivas. La historia de Europa en particular está hecha de intervenciones, alianzas, coaliciones, «bloques» y guerras generales, cuya idea generadora es siempre la teoría del equilibrio. Es innegable que Europa ha prosperado gracias a ella, que ha evitado, desde la época romana, la formación de vastos imperios, como se produjo en las civilizaciones del próximo y del lejano Oriente. Pero hay que reconocer que la paz, ha sacado realmente un beneficio muy mísero...

Son raros los planes de equilibrio que comportan (como el de Sully) *una refundición y una distribución general.* Tienen por objeto sustituir una división racional del territorio y de las fronteras a los límites históricos, muchas veces trazados por la fortuna de los combates. Cosa curiosa, las pocas aplicaciones históricas de este principio han regido para la división y la liquidación voluntaria y pacífica de Estados ecuménicos que sus dueños creían que no eran viables bajo esta forma. La más célebre fue la división del imperio romano por Diocleciano; después fue el reparto del imperio

de Carlomagno entre sus tres hijos; y luego, el de Carlos V.

VI. — Planes de paz basados en los regímenes políticos y en las creencias de los Estados

Muchas veces se ha acusado a los regímenes políticos internos de los Estados de ser la causa de las guerras. Ha habido siempre teóricos para creer que tal o cual régimen político es esencialmente belicoso y que tal otro es un factor de paz.

Así, en la Edad Media vemos nacer la idea de que la monarquía, al poner fin a las guerras feudales (que eran, en aquellos tiempos, la plaga de Europa), traería la paz.

Desgraciadamente, la monarquía iba a engendrar interminables series de guerras dinásticas. La guerra de los Cien Años, las guerras de Italia y las guerras de Luis XIV, estaban basadas en una concepción patrimonial del Estado. En general, el rey que marchaba a la guerra reclamaba una herencia a la cual pretendía tener derecho. En el curso del siglo XIX, si bien las guerras son menos crudamente dinásticas que en las épocas precedentes siguen siendo, sin embargo, la preocupación por excelencia de los soberanos.

Este papel de primer actor que tenían los reyes en la guerra, les valió, a su vez, estar en primera fila de las preocupaciones de los pacifistas. La tesis general fue que los soberanos querían las guerras por ambición, por codicia, por amor a la gloria o, incluso, para ocultar las dificultades interiores y mantener al pueblo sujeto. Olvidando los ejemplos de las repúblicas de la Antigüedad o de la República de Venecia, buen número de autores se per-

suadieron de que la transformación de los reinos en repúblicas llevaría a la paz universal. Rousseau insiste muchas veces sobre el espíritu pacífico de las Repúblicas. Victor Hugo escribió odas grandiosas para maldecir a los reyes y a las dinastías.

Pero los regímenes democráticos, desde entonces, han dado amplias pruebas de sus capacidades belicosas. El servicio militar moderno nació de la Revolución Francesa. El servicio militar verdaderamente obligatorio sólo reapareció, después de la Antigüedad, en los municipios democráticos de la Edad Media. Para llegar a la guerra total, fue menester que estuviesen en liza los regímenes democráticos y populares. Jamás ningún dinasta impuso a sus súbditos las mortales exigencias de los jefes salidos y elegidos del mismo pueblo, tales como Napoleón, Hitler, etc.

En verdad, al observador imparcial le es imposible hacer la apología de las virtudes pacíficas de ningún régimen político. La experiencia nos muestra que el cambio de forma de los Estados, lo mismo que los cambios de la clase dirigente, no influyen para nada en el humor guerrero de las naciones. Incluso se podría decir que cualquiera que sea la diversidad de los gobiernos, ya sean déspotas o liberales, aristocráticos o populares, monárquicos o republicanos, tienen todos un punto común: se dedican igualmente a hacer la guerra. Se asimilan en las hecatombes.

El mismo observador imparcial observará también que, en un mismo país, un régimen rigurosamente idéntico es belicoso durante ciertos períodos y pacífico en otros. En Francia, Enrique IV, Luis XIII y Luis XV fueron reyes relativamente pacíficos. No por ello eran ni menos reyes ni menos absolutos que el belicoso Luis XIV. Y, también

en Francia, sucede lo mismo con la República y los republicanos: bajo el reinado de Luis Felipe, por ejemplo, estos últimos, así como los socialistas, con Proudhon a la cabeza, eran belicosos, y el rey y los monárquicos eran pacíficos.

La identidad de las creencias religiosas o de los regímenes políticos tampoco predispone necesariamente a la fraternidad de las naciones. Incluso en las épocas de gran fe, se ha luchado entre cristianos y entre musulmanes mucho más que contra los infieles. Grandes naciones convertidas todas en Repúblicas, demostraron en 1939 el pacifismo innato de este régimen. Solamente ha cambiado la etiqueta: las guerras reales se han convertido en guerras nacionales. En las gorras militares, las estrellas o los escudos han sustituido a las coronas; el uniforme permanece. Los problemas de la causalidad de las guerras están, pues, en otra parte.

El principio de las nacionalidades, que en el siglo XIX sustituyó al principio de legitimidad dinástica, al principio pareció que sería un factor de paz. ¿No declaró Napoleón III que «las nacionalidades satisfechas cimentarán pronto la asociación europea»? Proudhon fue el único que no compartió este punto de vista, pues, como dijo Dostoiewski, las nacionalidades jamás están satisfechas. Mientras que Europa entera aplaudía, Proudhon atacó a Mazzini y criticó a Kossuth y a los demócratas adversarios de los tratados de 1815. Predijo que las «democracias imperiales» estarían todavía más celosas de su soberanía y más ávidas de gloria y de conquistas que las viejas dinastías legítimas. Proudhon comprendía que las monarquías, justamente a causa de las supervivencias del derecho feudal, eran susceptibles de admitir una jerarquía de las soberanías. Por el contrario, el principio de

las nacionalidades presentaba, desde un principio, una virulencia particular. Dando a la nación una especie de soberanía de derecho divino, exaltaba su intransigencia contra toda disminución de esta misma soberanía a favor de una Confederación o de un Superestado.

Ya se sabe que Proudhon preconizó la creación de vastas Federaciones, cuyas unidades no serían las grandes naciones, sino unidades económicas mucho más pequeñas. Era adversario de la centralización del Estado unitario, ya fuese monárquico o democrático. Respecto a esto, sus predicciones se realizaron: el principio de las nacionalidades no ha tenido, hasta ahora, otro resultado que vulgarizar a escala popular la ambición de los conquistadores más megalómanos. Se ha visto acreditarse por todas partes la idea napoleónica de las vertientes de protección, gracias a lo cual se respeta teóricamente la nacionalidad del vecino, pero se le amputa, no obstante, un pedazo de territorio para asegurar su seguridad. Y el alcance de las armas y la rapidez de los medios de transporte van en aumento, de manera que esas vertientes, para que puedan ser eficaces, han de ser cada vez más extensas. De vertiente en vertiente, se tendría que ir hasta el fin del mundo.

El principio de las nacionalidades, que había de conducir a la humanidad a una era idílica, en la práctica se ha revelado, por lo menos hasta el presente, tan fecundo en discordias sangrientas como el principio dinástico. Finalmente, la parte de nuestras intenciones parece ser tan débil, que la mayoría de los gobiernos, cualesquiera que sean y con la mejor buena voluntad del mundo, acaban siempre por encontrarse arrastrados a hacer la guerra con objeto de preservar la paz.

Los planes de paz jurídicos. — Desde la Alta Edad Media muchos juristas han intentado establecer el plan de una organización internacional permitiendo, como antaño las anfictionías griegas, hacer prevalecer la paz entre las naciones. Entre los más importantes, puede citarse a Pierre Dubois, quien propuso crear una Federación de Estados Cristianos, con un Concilio que sería su organismo central; Emeric Crucé (1590-1648), quien extendió este proyecto a la totalidad de los Estados de la tierra; Sully, quien ideó dividir Europa en quince soberanías de igual potencia y de igual riqueza. A pesar de todo, se tuvo que aguardar hasta el gran movimiento humanitario del siglo XVIII para ver el nacimiento de proyectos, si no realistas, por lo menos suficientemente precisos en su detalle para poder ser tomados en consideración por los hombres políticos.

El abate de Saint-Pierre. — En 1713, en el Congreso de Utrecht, el abate de Saint-Pierre empieza su «Proyecto para lograr la paz perpetua en Europa». Terminado en 1718, tiene el honor de ser discutido por los enciclopedistas.

La primera condición de paz es la constitución de lo que el abate de Saint-Pierre llama una «Sociedad Permanente», comprendiendo veinticuatro potencias firmantes de un tratado basado sobre el statu quo establecido recientemente en Utrecht y en Rastadt: «Todas las soberanías tendrán siempre los mismos límites que tienen actualmente, ningún territorio podrá ser desmembrado de ninguna soberanía y ningún otro se le podrá añadir por sucesión, pacto de casas diferentes, elecciones, donación, cesión, venta, conquista, sumisión voluntaria de los súbditos u otramente».

El segundo artículo prevé la contribución de

cada uno en los gastos comunes, proporcionalmente a sus ingresos y a sus cargas. Entra en detalle: previsiones precisas de un presupuesto de veinticinco millones, una parte importante de los cuales se destinará a obras de asistencia, etc.

En el artículo tercero pide que «los grandes aliados, para acabar entre ellos sus diferencias presentes y futuras, renuncien por siempre jamás a tomar las armas y convengan en tomar siempre, desde ahora, el camino de conciliación por mediación del resto de los grandes aliados en el lugar de la asamblea general».

Pero prevé, sin embargo, arbitrajes y sanciones: «la Gran Alianza armará y actuará contra aquel que entre en guerra indebidamente». Es necesario, por lo tanto, un ejército internacional, que Saint-Pierre describe minuciosamente, pero cuyo reparto en relación con los firmantes parece llena de peligros. Acaba admitiendo a los turcos, a los moscovitas, a los tártaros, etc., en su Alianza. Pero no tienen lugar en el Consejo. El abate de Saint-Pierre se extiende también, con toda suerte de detalles, sobre la composición y el funcionamiento de este Consejo, el «Senado de la Paz»: veinticuatro senadores, veinticuatro naciones, su edad, su sueldo, la duración del mandato, el número de adjuntos, etcétera.

Jeremías Bentham. — La obra del economista y jurista inglés Bentham, escrita en 1789, no se conoció bien hasta cincuenta años más tarde. Su «plan de paz perpetua y universal» da, como origen de las guerras, la rivalidad comercial, y de ahí su condena del sistema colonial. Bentham aplaude la famosa declaración de Robespierre: «Que perezcan las colonias antes que un principio», y dirige a la Convención una memoria destinada a

animarla para que abandone las colonias. (Estas ideas debían estar en boga en aquella época, ya que el 22 de mayo de 1790 la Asamblea Constituyente decretaba que Francia renunciaba a emprender ninguna guerra de conquista y jamás emplearía sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo. Ya se sabe lo que siguió después.)

El proyecto de paz perpetua de Bentham reclama, evidentemente, la limitación de los armamentos. Quiere convencer tanto a Francia como a Gran Bretaña de las dificultades de una invasión y, dirigiéndose a los británicos, dice: «Vosotros sois los grandes culpables, pero también sois la nación más fuerte. Vosotros no tenéis miedo a la justicia, pero tenéis la fuerza, y es vuestra fuerza la principal causante de vuestra injusticia».

Bentham pone en cabeza de su Asamblea de las Naciones un Tribunal y un Congreso de la Paz. Un tribunal arbitral, suprimiendo también las causas de guerra, será ocasión de notables economías. La confianza sustituirá a la desconfianza y a la envidia. Además, empleando la prensa y todos los medios que llamamos de propaganda, este Congreso de la Paz suavizará los ánimos con objeto de hacer cesar las razones de posible irritación y se evitará así, por el consentimiento universal, el empleo de la fuerza. Finalmente, Bentham insiste para que se suprima el secreto de las operaciones diplomáticas. «El secreto es inútil e igualmente contrario a los intereses de la libertad y a los de la paz[3].»

Estos dos proyectos, el de Saint-Pierre y el de Bentham, son particularmente interesantes, pues contienen ya todas las instituciones que nos hemos

[3] Hoy, después de una experiencia de treinta años de diplomacia pública, se preconizan nuevamente las negociaciones secretas, pues no acaloran a la opinión pública.

esforzado en realizar posteriormente. Los proyectos actuales de justicia, de seguridad internacional o de arbitraje, se refieren implícitamente a sus análisis.

Resultados modernos: el Tribunal de La Haya y los pactos de arbitraje. — El 18 de mayo de 1898, por primera vez, veintiséis Estados, representados por cien delegados oficiales, se reunieron en La Haya para buscar el medio de mantener la paz en el mundo. Asistieron todas las naciones europeas, además de China, Japón, Persia y Estados Unidos de América. El movimiento inicial lo hizo el conde Muraviev, ministro de Negocios Extranjeros de Nicolás II. En un memorándum a las potencias, precisaba que la carrera de armamentos absorbe las economías y las fuerzas de los Estados, y proponía que se estudiase no solamente la limitación de armamentos, sino también la mediación y el arbitraje.

Esta primera conferencia fue un fracaso, en gran parte como consecuencia de la resistencia de Alemania, y pronto, como respuesta a esta primera Asamblea internacional, estallaba la guerra de los bóers y luego la guerra ruso-japonesa.

Una segunda conferencia de La Haya se reunió en 1907 a instancias de Teodoro Roosevelt. Esta conferencia codificó las reglas del derecho internacional en tiempo de paz y en tiempo de guerra, y los derechos y los deberes de las potencias y de las personas neutrales. Pero los problemas fundamentales chocaron con múltiples resistencias; Alemania seguía rehusando, lo mismo que en 1899, la limitación de los armamentos y su completa sumisión al arbitraje. A pesar de todo, se creó un Tribunal de Arbitraje cuyas sentencias a veces son escuchadas cuando se trata de cuestiones secundarias.

Después de la guerra de 1914-18 toman forma nuevas esperanzas de organización jurídica de la paz: se trata del Pacto de la Sociedad de Naciones. Se componía de dos principios fundamentales: la universalidad de la Sociedad y un Secretariado permanente; sus miembros tenían que reunirse periódicamente en una conferencia internacional; el Secretariado se ocuparía de los asuntos en el intervalo de las conferencias.

Pero muy pronto se permite a todo miembro, después de un aviso previo, retirarse de la Sociedad. Ya no hay, entonces, obligación ni sanción. Y la Liga se convierte en una especie de asociación libre, cuya autoridad sólo atañe a sus miembros, los cuales pueden librarse, si así lo desean, de compromisos demasiado molestos.

En 1928 vino el *Pacto Kellogg*. Fue firmado el 27 de agosto de 1928 en París por los ministros de Negocios Extranjeros de todos los países, incluido el Reich. Todos los Estados se comprometían a renunciar a la guerra como instrumento de política nacional. Ya se sabe lo que vino luego...

El 14 de agosto de 1944, la *Carta del Atlántico* plantea, a su vez, las bases de la paz futura. A la Conferencia de Dumbarton Oaks y, sobre todo, a la reunión plenaria de San Francisco de 1945, asistieron cuarenta y siete naciones. La finalidad siempre es la misma: mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales. Como en la creación de la Sociedad de Naciones, como para el pacto Briand-Kellogg, la guerra es oficialmente reprobada y condenada. Se proclama la igualdad de todas las Naciones Unidas. Pero parece que los métodos de la Sociedad de Naciones son, en parte, abandonados, pues: 1. Las decisiones pueden ser tomadas por una mayoría (y ya no por unanimidad);

2. Un Consejo de Seguridad compuesto por once miembros, de los cuales los Cinco Grandes son permanentes (Estados Unidos, Gran Bretaña, Unión Soviética, Francia y China), asume, de hecho, la responsabilidad para el mantenimiento de la paz. Tiene vara alta sobre las decisiones, decisiones adquiridas por un voto afirmativo de siete miembros, comprendiendo los votos —con la condición de que sean unánimes— de los miembros permanentes, *los cuales tienen derecho de veto.*

La Carta de San Francisco, más alejada todavía del espíritu de Wilson, prevé unas sanciones diferentes de las morales: 1. Interrupción de las relaciones económicas y diplomáticas y de medios de comunicación; 2. Si ha lugar, el Consejo podrá hacer intervenir las fuerzas aéreas, marítimas y terrestres necesarias para mantener la seguridad internacional. Por primera vez parece ser discutida la soberanía de los Estados.

La Carta de las Naciones Unidas también prevé una cooperación internacional en los terrenos económicos, sociales, culturales, médicos y educativos, así como un sistema internacional de tutela *(trustee ship)* para los territorios bajo mandato de los países anteriormente enemigos.

Así pues, la Carta de las Naciones Unidas es la última tentativa mundial para el mantenimiento de la paz. Obra de buena voluntad, sólo tiene un fallo: el de suponer que el problema está solucionado, pues todos estos métodos pretenden suprimir la guerra sin conocer su verdadera naturaleza, sus verdaderas causas y sus verdaderas leyes. A pesar de las aspiraciones universales, los esfuerzos de los representantes de los pueblos fracasan porque aplican el método de los juristas, consistente en no ver en la guerra más que una querella análoga a las

pendencias entre individuos. No obstante, las pendencias individuales no presentan regularidad ni necesidad[4]. La guerra es un hecho absolutamente general que se encuentra en todas las civilizaciones humanas, desde las más arcaicas a las más modernas.

Se puede observar que también existe otro punto sobre el cual los planes jurídicos suponen, por anticipado, la solución del problema: su postulado es que la guerra es el medio empleado por los Estados para llegar a imponer su voluntad. Este medio les parece brutal y quieren declararlo ilícito o reglamentarlo estrechamente. Pero la verdad parece ser otra: la guerra no es nuestro instrumento, sino que somos nosotros los instrumentos de la guerra; episodio inevitable de un ciclo (cuyos elementos constitutivos, lo mismo que las relaciones con las estructuras sociales y los tipos de coyuntura, están lejos de ser conocidos), la guerra nos apresa y se hace a través de nosotros. Es como *una epidemia psíquica, un delirio colectivo*.

La guerra no es un medio, sino un fin en sí o, mejor dicho, es *un fin que se disfraza como si fuese un medio*. Si se analizan la mayoría de las guerras parecen tan absurdas y tan poco voluntarias como una epidemia o un delirio. Querer reglamentarla o prohibirla mediante medidas jurídicas parece cosa tan vana como castigar, por medio de una ley, el hecho de contraer la peste o la fiebre tifoidea. El pacto Kellogg, por ejemplo, podría calificarse de «pacto de la renuncia a la enfermedad». El papel práctico y esencial de la sociología debe ser permitir al hombre que domine los impulsos sociales, que

4 Las estadísticas demuestran, sin embargo, que en cada sociedad el número anual de crímenes y delitos presenta cierta regularidad.

desvíe y que canalice las fuerzas ciegas de la fatalidad. Pero aun así, hay que conocerlas[5].

VII. — Los planes psicológicos y hedonistas

En general, sobreentienden que la guerra es una especie de hábito ancestral o de desviación de algunos de nuestros impulsos. Por lo tanto, hay que echarla del pensamiento de los hombres por la *educación*.

Todas las religiones que destinan un lugar más o menos grande al espíritu humanitario practican esta enseñanza. Las plegarias diarias, la liturgia y las ceremonias, piden todas la paz a Dios: *Dona nobis pacem*.

Diversas organizaciones internacionales han hecho también un gran esfuerzo para desterrar el espíritu de guerra de los manuales escolares. Pero la propaganda pacifista, al igual que los planes de paz, han logrado, en general, eliminar únicamente los motivos de guerra que están ya *desacreditados o pasados de moda*.

Algunos han observado que el espíritu guerrero se iba desarrollando en nuestras civilizaciones a medida que el sentido de la fiesta periódica y unánime —como lo eran las antiguas fiestas religiosas, las bacanales, el Carnaval, los Juegos Olímpicos, las grandes peregrinaciones, etc.— se iba debilitando. Se proponen diferentes medidas para sustituirlas respecto a lo que se refiere a distracciones: organización de vacaciones, turismo, excursiones, fiestas, congresos, manifestaciones culturales y deportivas, así como facilidades de costumbres des-

[5] Añadamos que todos estos planes jurídicos pecan por la base, pues no han podido nunca definir la legitimidad de las soberanías, ni tampoco la prescripción ni la usucapión en derecho internacional.

tinadas, también, a distraer y, sobre todo, a «desencolerizar» a los individuos.

Se puede relacionar este último punto de vista con una tendencia ya muy antigua, que consiste en buscar a las guerras y a los impulsos violentos de los hombres unos derivativos hedonistas. La más notable de estas organizaciones fue la de la civilización griega en su apogeo. Más tarde, a medida que la paz romana se iba extendiendo por las ciudades del imperio, el sistema del *panem et circenses* se introdujo en las ciudades más alejadas para alimentar, divertir e interesar a las poblaciones.

Pero en las civilizaciones modernas la situación se complica por el hecho de que una enorme proporción de la población saca sus medios de vida de la preparación de las guerras. El maquinismo y la racionalización ponen a disposición de la guerra un número creciente de individuos que no son indispensables para las tareas de la producción. Sería necesario cambiar completamente nuestra organización del trabajo, e incluso nuestra ética, creando —como había ya presentido Ch. Fourier— una *civilización de ocios* y de trabajo atractivo que quizá, como consecuencia de antiguas supervivencias, por lo general nos rehuimos a concebir. Nuestra concepción del trabajo se encuentra todavía ensombrecida por los recuerdos de la esclavitud, de la servidumbre y del trabajo forzado.

Los planes demográficos. — Los planes demográficos consisten en actuar restringiendo la fecundidad natural. Los encontramos bajo diversas formas a través de la historia. Una de las más características es la mentalidad de los primeros cristianos, que se negaban al servicio militar y preconizaban, por medio de la castidad, la infecundidad de una parte de la población. No olvidemos los monasterios, las

abadías y los conventos que cubrían toda Europa de majestuosos edificios; desde el punto de vista del comportamiento objetivo, son otros tantos monumentos erigidos a la infecundidad. Cualquiera que sea la interpretación que se proponga, el hecho existe. Su persistencia y su generalidad han de hacernos meditar.

Mencionemos también tantas civilizaciones insulares, especialmente polinésicas, que practicaban la restricción de nacimientos. En Japón estuvo en vigor, durante siglos, una política implacable fijando la población a una cifra limitada a veinticinco millones aproximadamente para todo el imperio, cifra que era mantenida por todos los medios.

La teoría de Malthus está fundada en la tendencia a la insuficiencia de productos alimenticios. La guerra, lo mismo que el hambre y las epidemias, es para él un modo de reequilibrio entre población y subsistencia. Malthus la escribió a finales del siglo XVIII. Desde entonces, la explotación de América y de otros territorios ricos, en aquella época desiertos, ha hecho reinar en Europa unà gran abundancia que ha contradicho la tesis maltusiana. Pero esta se actualiza de nuevo a medida que el aumento de la población amenaza sobrepasar nuevamente la de las subsistencias. El aumento general y persistente de la necesidad de productos alimenticios parece corroborarlo.

Pero esta teoría solamente expresa una parte del fenómeno, pues la guerra, bajo su forma civilizada, es más bien un fenómeno de superabundancia mal dirigida. Sin embargo, el factor demográfico juega un gran papel, pues la superabundancia que precede a la guerra ha de representar, al mismo tiempo, *un excedente de productos y un excedente de hombres disponibles.*

Destaquemos que los planes de paz demográficos son los únicos, de entre todos los que hemos citado, que no han recibido nunca un principio de aplicación fuera de las civilizaciones primitivas o arcaicas, cuyas condiciones son demasiado diferentes de las nuestras para que se pueda sacar una enseñanza. Es sorprendente comprobar que, mientras la medicina y la higiene hacen unos progresos gigantescos, la mentalidad y las leyes en materia de población, en la mayoría de los países siguen siendo los mismos que en la época en la cual habían de nacer diez niños para que sobreviviera uno. El único dirigismo que se practica en materia de población consiste —incluso en los países de población muy densa— en fomentar sin discernimiento un aumento desordenado.

Hoy, los dos países que se muestran más aptos para precipitar el mundo a una catástrofe guerrera, son precisamente aquellos que cuentan con más recursos naturales al mismo tiempo que con un excedente más fuerte y real de hombres jóvenes. Como consecuencia de su extrema racionalización industrial y técnica, la Unión Soviética y Estados Unidos pueden poner a disposición de la guerra, sin que resulte una gran merma para su producción, una enorme proporción de hombres jóvenes. Estructura explosiva llena de amenazas...

Tarde o temprano se planteará, en nuestras civilizaciones saturadas de hombres, la cuestión del *desarme demográfico,* es decir, no solamente de la reglamentación numérica, sino también, con ayuda de los progresos de la biología y de la genética, de la proporcionalización de los grupos, de las edades y de los sexos.

La declaración de los Derechos del Hombre, excelentemente discutida por la UNESCO, ha olvi-

dado, sin embargo, un punto esencial. En una civilización mundialmente ordenada, tanto si es socialista como liberal, se pueden conceder al hombre todos los derechos que se quieran, ***excepto el de procrear inconsideradamente,*** pues entonces compromete el equilibrio económico y la seguridad del conjunto.

VIII. — Los planes de desarme

El razonamiento sobre el cual se fundan estos planes es de los más sencillos: ya que se lucha por medio de las armas, bastará con suprimirlas para abolir la guerra.

Unos pretenden prohibir todas las armas. Sin embargo, no son muy numerosos, pues todo objeto puede transformarse en arma, desde la porra del guardaespaldas hasta las piedras, sean estas talladas o no.

Un segundo programa consiste en prohibir ciertas armas a causa de su carácter desleal. Así, en el siglo XII un Papa intentó proscribir el empleo de los arcos y de las flechas. Más tarde, el Concilio de Letrán prohibió la ballesta. Pero la habituación se produce muy rápidamente: la aparición de cada nueva arma ha sido siempre recibida con gran indignación. Pero puede decirse que luego esta arma entra dentro de las costumbres.

Los bombardeos aéreos, al igual que la guerra submarina, han estado sometidos a unas prohibiciones de principio, pues su empleo podía extenderse fatalmente a la destrucción de los no combatientes y de sus bienes. Pero ya ha podido verse lo que ha ocurrido.

Ante estos fracasos, algunos teóricos adoptan un punto de vista completamente opuesto: desean que

las armas se vuelvan cada vez más mortíferas. Creen que de esta manera los hombres no se atreverán a provocar la guerra y estas acabarán por el terror mismo que inspirarán las armas puestas a su disposición. Aquí también, por lo menos hasta el presente, la experiencia ha desmentido estas previsiones.

¿Cual es, exactamente, la influencia del armamento? Hay que distinguir entre sus resultados destructores y su influencia en la historia[6]. Desde el punto de vista de las destrucciones, no parece que exista una relación directa y cierta entre el perfeccionamiento de las armas y las pérdidas causadas por las sucesivas guerras. Todo depende de la manera de servirse de ellas. Las mayores matanzas de la historia —las de las Guerras Púnicas o de Gengis Kan y de Tamerlán, por ejemplo— han sido ejecutadas con arcos y flechas, machetes y ridículas pequeñas espadas. Por el contrario, los progresos del armamento pueden asegurar una supremacía política o, por lo menos, una protección eficaz a aquellos que las poseen. Quizá fue gracias al *fuego griego* que Bizancio sobrevivió ocho siglos al imperio romano. El cañón y, en general, el progreso de las armas de fuego, puso fin a las invasiones de los mongoles y de los tártaros. La historia militar es la de un perpetuo esfuerzo de adaptación entre el arma y la coraza y, por otra parte, entre la técnica y el número.

Al lado de los planes de limitación de los armamentos se encuentran los planes de limitación de los efectivos o de supresión de los ejércitos. Ante todo se inspiran en la idea de que los ejércitos permanentes, o los jefes de estos ejércitos, están animados

[6] Fuller, *L'influence de l'armement sur l'histoire.*

por un espíritu guerrero irreprimible. «El ejército —decía Prévost-Paradol— tiene necesidad de luchar, al igual que las locomotoras han de circular so pena de convertirse en chatarra. Con la lucha, el ejército obtiene honor, distinciones, recompensas, ascensos y beneficios.» Esta frase resume las teorías *antimilitaristas* que se ven renacer periódicamente. No resuelven absolutamente nada, ya que todo hombre es un soldado virtual. Y si los generales son como los cirujanos de los pueblos, ¿ha de atacarse al cirujano, o bien a la enfermedad?

Finalmente, se pueden relacionar los proyectos de abolición de los ejércitos con aquellos que quieren la supresión de los ejércitos nacionales y reemplazarlos por un ejército internacional único al servicio de la Sociedad de Naciones. Este proyecto no deja de tener argumentos seductores. Sin embargo, se le pueden hacer los mismos reproches y críticas que los proyectos del Estado único. Se puede temer que un ejército de este género —que sería el único en el mundo—, como no tendría que temer ninguna competencia extranjera, fuese llevado invenciblemente a apropiarse del poder, o a intervenir en las luchas políticas o ideológicas interiores. Los elementos que lo compondrían se verían tentados de mil maneras a tomar partido en estas especies de conflictos, según sus afinidades o sus opiniones. El origen de los conflictos podría incluso residir en la ambición personal de los mismos jefes, o bien en el espíritu de cuerpo de las unidades que lo compondrían. Como se ha visto en miles de ejemplos en el curso de la historia de los ejércitos, las rivalidades individuales, o a veces simplemente cualquier diferencia, podrían degenerar en verdaderas guerras intestinas.

CONCLUSIÓN

La guerra es un hecho mil veces repetido. Si se dice en principio que podría ser un fenómeno puramente errático e independiente de toda causalidad tendenciosa, que no obedece a ninguna condición ni tampoco a ninguna probabilidad, que no es más que fantasía, capricho o maldad gratuita de las naciones o de sus dirigentes, hay que abandonarla a la literatura y renunciar a su estudio.

Otros creen que la guerra es exclusivamente un asunto de las coyunturas históricas. Pero, desgraciadamente, cualquiera que sea la coyuntura, se pueden encontrar siempre excelentes razones para pelear. Los pretextos de guerra, al igual que todos los demás fenómenos sociales, tienen sus modos, a los cuales obedecen. Aquel que sonríe piadosamente recordando a aquellos que se peleaban por una frase de san Agustín, está dispuesto a hacerse matar por una teoría política que le llega al alma. Las rivalidades entre naciones vecinas son, a menudo, fatalidades geográficas. Sus motivos de pelea son los mismos durante siglos. No obstante, son alternativamente soportables e insoportables. A veces están apaciguados y, de pronto, se inflaman. ¿Por qué?

Hemos comprobado por nosotros mismos que el proyecto de estudiar científicamente la guerra antes de juzgarla provoca sordas resistencias. No hay que extrañarse: la guerra, ¿no es el imperio de los terrores sagrados —como antiguamente lo eran el rayo y el trueno—, prohibidos a los físicos sacrílegos? No olvidemos que antiguamente se admitía la tortura, pero no la disección.

Si los hombres, las naciones y los Estados se muestran tan reacios para fomentar el estudio científico de las guerras (ningún instituto de investigaciones sobre las guerras costaría ni el precio de un tanque mediano o de un avión de caza), ¿será porque confusamente temen ver desaparecer su fiesta más embriagadora y su último recurso?

La tendencia natural del espíritu humano es creer antes de saber. En materia de guerra, nuestro pensamiento está dominado por las fórmulas «sólo hay que...», o bien «basta sólo con...». Somos víctimas de la pseudoevidencia de la guerra y, sobre todo, de sus motivos, muchas veces confundidos con unas causas. En nuestros días, la mentalidad mágica, por fin separada de las ciencias físicas, se ha refugiado en las cosas sociales.

Antiguamente la medicina empírica pretendía encontrar los remedios sin estudiar las enfermedades. Pero la medicina no habría hecho ningún progreso si solamente hubiese contado con practicantes y no con biólogos. Para el verdadero progreso, el laboratorio es más importante que el hospital. Del mismo modo, nunca tendremos más que paliativos en materia de guerra si no fundamos metódicamente una verdadera *polemología* desembarazada de todo antropomorfismo.

Esta es la única conclusión *objetiva y exenta de ilusionismo* que nos parece, *en el estado actual de nuestros conocimientos,* que puede sacarse del estudio de las guerras.

Guerra o Polemología. — Nuestra época vive un verdadero drama, del cual todo el mundo tiene cada vez más conciencia: hoy, como en la Antigüedad o en la Edad Media, la guerra se sobreentiende en las relaciones entre naciones. Sigue siendo el fundamento del Derecho internacional y,

a la vez, el criterio y la justificación de la independencia de las naciones.

Hasta aquí, el problema de la guerra no ha podido salir de su rutina milenaria: oscila entre el ilusionismo jurídico y el pacifismo retórico, para llegar regularmente, a fin de cuentas, a la conclusión que resume el viejo adagio romano: «Si quieres la paz, prepara la guerra».

Pero la guerra es una especie de *epidemia social;* para poder pensar seriamente en el advenimiento de un *pacifismo científico,* nos es necesario, primeramente, llegar al conocimiento objetivo del «fenómeno-guerra».

En espera de esto, el estudio de la polemología permite situar los problemas de la guerra y de la paz en una nueva perspectiva. Ella constituye, por lo menos, un derivativo intelectual y una posición nueva que permite «desantificar» la guerra, así como «despolitizar» la paz.

Dicho de otro modo, en la coyuntura actual parece que no tenemos más elección que entre las dos conductas siguientes: continuar preparándonos para la guerra y armarnos cada vez más y mejor; en suma, esperar a que la guerra estalle una vez más por cualquier motivo fútil. O bien ver en ella un fenómeno social susceptible de ser estudiado en sus funciones, en sus elementos constitutivos y en sus causas. Y susceptible, por consiguiente, de *prevención funcional.*

En resumen, estamos condenados a prepararnos para la guerra o a trabajar para la polemología.

En el año 1945 el autor fundó el «Institut Français de Polémologie»; dotado desde hace solamente tres años de algunos medios económicos, se dedica a investigaciones científicas sobre la guerra y la paz. Publica una revista —*Guerres et Paix*— editada por las Presses Universitaires de France.

ÍNDICE